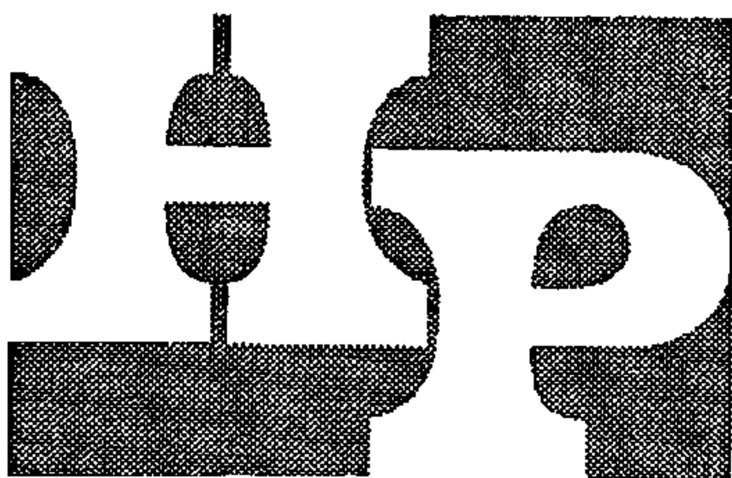


Silver Kane

¡LEVANTATE Y LUCHA!





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

¡LEVÁNTATE Y LUCHA!

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 235
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B. 22.688 -1974

Impreso en España - Printd in Spain

2 .º edición: julio, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El rumor, o mejor dicho la noticia, circuló de un lado a otro de la población.

—*Ella* ha legado.

—*Ella* está aquí.

—La han visto en el rancho, pero desde lejos.

—Venía en un carruaje cerrado.

—La acompañaban diez hombres a caballo. Seguro que con ellos piensa formar el nuevo equipo.

Hasta el saloon, que a aquella hora tenía bastante público, llegó también el relato de lo sucedido.

—*Ella* se ha encerrado inmediatamente en el rancho.

—Todo lo quela rodea es misterioso.

—Yo creo que de un modo u otro tendrá que dejarse ver por la población. Necesitará comprar muchas cosas.

—¡Bah! Enviará a cualquiera de sus hombres. Siempre tendrá alguno que no diga ni una palabra.

Mientras circulaban estos comentarios, llegó un forastero a la ciudad y descabalgó ante el saloon. Era un tipo de unos veintisiete años. Vestía pantalón gris, botas de media caña, camisa oscura y chaqueta de ante bastante usada. Su sombrero llevaba encima mucho polvo amarillo, detalle que hacía pensar que no se lo había sacudido, al menos, desde que dejó de atravesar el desierto.

Su caballo también mostraba mucho polvo sobre el pelaje, pero parecía fresco y satisfecho, lo cual indicaba que debía haber recibido más atenciones que su dueño.

Éste penetró en el saloon, se acodó en la barra y pidió que le sirvieran un vaso de *whisky*, pero dejándole la botella cerca.

Aparentemente era un tipo bien tranquilo.

No había mirado a ningún lado, no se había rozado con nadie, e incluso había pagado el importe de la botella antes de beberla.

Pero los rumores zumbaban como abejas en torno suyo.

—No creo que la veamos nunca por la población.

—Es una mujer misteriosa.

—Y la más rica de la comarca.

—¿Desde dónde habrá venido?

—Por lo pronto ya sabemos que no se va a casar con ninguno de nosotros.

—No. *Ella* está demasiado alta.

El forastero miró al hombre que le había servido la botella de licor, y que aún seguía cerca de él.

—¿Quién es *ella*? —murmuró.

El de la barra le miró atentamente.

—¿Por qué?

—Hace mucho rato que oigo *ella, ella, ella*… Parece como si hablasen de una especie de ser sobrenatural, y eso me ha llamado la atención. ¿A quién se refieren? Supongo que a una mujer…

—Desde luego. A la dueña del Rancho 7.

—Curioso nombre.

—Pero muy lógico, al mismo tiempo. Es que está formado por la agrupación de otros siete ranchos.

—Debe ser enorme, entonces.

—Pocos habrá en Texas que se le puedan igualar.

—¿Y su dueña es una mujer?

—Sí. Precisamente esa de la que todo el mundo habla.

—¿Lo ha comprado?

—¡Quiá! Lo heredó.

—¿De su padre?

—De su marido.

El forastero, que iba a beber un nuevo trago, dejó lentamente el vaso sobre la barra.

—¿Qué fue de su marido? ¿La diñó?

—Ujú.

—Pero a él sí que debían conocerle.

—Desde luego. Era un tipo con manía de grandezas, pero ambicioso, emprendedor y astuto. —El camarero se inclinó sobre la barra y añadió—: Cuando un fulano soñador se dispone a convertir

en realidad todos sus sueños, resulta muy peligroso. Biganian era de esa clase de hombres.

—¿Se llamaba Biganian?

—¿Por qué? ¿Lo había oído nombrar?

—No, no… Yo vengo de muy lejos.

—Pues bien, se llamaba Biganian, y empezó a ampliar su rancho por todos los medios imaginables, desde la compra honrada hasta la amenaza más o menos encubierta. Dicen que también empleó el chantaje y hasta el asesinato, pero de eso no hay pruebas. No las ha habido nunca.

El forastero bebió al fin su sorbo de *whisky*.

—Comprendo —dijo.

—El caso es que fue haciéndose con todos los ranchos limítrofes, hasta concentrar siete de ellos en sus manos. Entonces los agrupó, distribuyó adecuadamente los servicios para una explotación en gran escala, y bautizó el rancho de nuevo. Se llama desde entonces el Rancho 7.

—Pero un tipo así debía llevar una vida muy aburrida… —comentó el forastero—. Diablos, estar años y años masticando escrituras de compraventa, hipotecas y tierras es algo que no le envidio a nadie, aunque pueda acabar proporcionando la riqueza.

—Tiene razón. Ese tío no se divertía nada, nada absolutamente. Pero un día, cuando se vio convertido en multimillonario, pensó que podía comprar, entre otras cosas, una mujer.

El forastero gruñó:

—Estupenda idea. Y además muy original. No hay ningún nuevo rico a quien no se le ocurra comprar una mujer cuando ve que el dinero le suda por todos los poros.

—Pero la suya no la buscó aquí.

—¿Por qué? ¿No hay chicas guapas en la comarca?

—Le parecían demasiado vulgares. Él quería algo fino, algo especial. Y se largó a Nueva Orleáns, donde es fama que se reúnen las mujeres más guapas y más provocativas del Sur.

El forastero sonrió, mostrando por primera vez sus regulares y sanos dientes, y bebió otro trago de *whisky*.

—¿Encontró algo a su medida el ilustre señor Biganian? —preguntó al cabo de unos instantes.

—¡Oh, sí!

—Ya lo supongo. Es la que ustedes llaman *ella*.

—Justo.

—¿Y qué fue del maridito?

—Lo apiolaron en Nueva Orleáns. ¿Conoce usted esa ciudad corrompida y licenciosa?

—Justamente vengo ahora de allí.

—Pues en ese caso no le extrañará que una noche unos granujas liquidaran a Biganian a puñaladas sólo para robarle. Fue un imbécil al arriesgarse a pasear solo por los muelles de esa ciudad. Nosotros conocimos la noticia hará unos seis meses.

—¿Y qué ocurrió con el rancho?

—Estuvo descuidado durante todo ese tiempo.

—Pues debió irse al diablo. Seis meses son demasiados.

—No crea. Llegó un administrador con poderes de la viuda y empezó a vender. Sólo las cabezas de ganado produjeron una auténtica fortuna. Al cabo de dos meses no quedaban ya en el rancho más que los pastos y los edificios, pero ésas son cosas que no perecen ni pierden valor. La dueña puede rehacerlo todo en menos de un año, teniendo dinero para comprar sementales, como efectivamente lo tiene.

—Y ahora ella ha llegado.

—Sí. La verdad es que ya nadie la esperaba. Creíamos que terminaría por liquidarlo todo.

—¿Y el equipo? ¿Qué pasa con el que tenía el dueño anterior?

—El administrador lo fue despidiendo conforme realizaba las ventas. Ahora trae un equipo enteramente nuevo.

Mientras el forastero bebía un nuevo sorbo de *whisky*, el del saloon lo miró con fijeza.

—Oiga, amigo…

—¿Qué?

—Usted se ha hartado de preguntar. Se ha enterado de todo, pero no le hemos hecho aún ni una pregunta. ¿Quién infiernos es? ¿Cómo se llama?

—Me llamo Biganian —dijo lenta y tranquilamente. Soy hermano del tipo a quien apiolaron en Nueva Orleáns. Y he venido a ver a ella para birlarle la herencia.

CAPÍTULO II

El hombre de los pantalones grises, de las botas de media caña y el sombrero cubierto de polvo amarillo, se presentó en el Rancho 7 una hora más tarde, montado en un caballo que ahora daba más señales de fatiga que cuando llegaron a la población.

El Rancho 7 era como para quitarse el sombrero, desde luego.

Y el forastero se lo quitó.

La portalada estaba intacta, a pesar de no haberla vigilado nadie durante seis meses, y en ella se leía el nombre del rancho. Más allá empezaban extensiones inmensas de prados cuya hierba relucía como la superficie de una esmeralda. Resultaba increíble que los dueños de los ranchos vecinos no hubieran enviado a sus reses a pastar allí, pero la explicación se la habían dado al forastero en la misma ciudad, poco antes:

—Este año ha sido estupendo en cuanto a lluvias, y no han faltado pastos para nadie. Además, el *sheriff* puso mucho interés en que nadie invadiera las tierras del muerto. Sabía que tarde o temprano vendría alguien a pedirle cuentas.

Ahora el hombre lanzó un silbido.

Sólo hacía falta tener dinero para comprar reses, y se produciría el milagro.

Picando espuelas con suavidad, el jinete se adentró en el rancho. Y estuvo galopando casi una hora antes de llegar a los edificios que constituían su núcleo principal.

Allí se desarrollaba una actividad inusitada.

Varios hombres y mujeres estaban poniendo en orden las casas, un par de las cuales eran magníficas, Se veían herramientas por todas partes, y el ambiente de trabajo era casi febril.

Sin embargo, había dos tipos que estaban quietos allí, sin hacer

absolutamente nada.

Los dos eran jóvenes, fuertes, y llevaban armas.

No quitaron ojo de encima al recién llegado hasta que éste descabalgó a cosa de seis metros de distancia.

—Me llamo James —dijo.

En realidad se llamaba James Biganian, pero le convenía guardar en secreto el apellido.

—¿James y qué más? —preguntó uno de los hombres.

—James a secas.

—Ésa es una manera un poco especial de presentarse. ¿De dónde vienes?

—De por ahí… Soy forastero. Supongo que nadie se asustará si digo que he salido de presidio hace no mucho tiempo.

—Aquí nadie se asusta de nada. ¿Qué buscas?

—Al capataz.

Uno de los dos hombres se señaló a sí mismo.

Era el más joven de los dos, y su musculatura resaltaba recia y potente bajo la camisa bien cortada.

—Yo soy el capataz —dijo.

—Celebro conocerle, señor…

—Bendell.

—Muy bien. Busco trabajo, señor Bendell.

—¿Y por qué aquí?

—Me han dicho que era un rancho donde todo se empezaba de nuevo y haría falta gente. Me han dicho también que es el mejor de la comarca, y que no hay miedo de que a uno le salgan con aplazamientos, a la hora de cobrar el sueldo. Por eso he venido.

El capataz lo calibró bien.

Entendía de hombres fuertes, y el que tenía delante era capaz de vencer en resistencia a una pareja de bueyes.

—¿Qué sabes hacer?

—He trabajado en ranchos desde que era niño.

—¿Podrías demostrarlo?

—Póngame a prueba. Supongo que lo que aquí interesa es saber montar y lacear bien, ¿no?

—También interesa el revólver. Y el capataz lanzó inesperadamente una moneda al aire.

Era una prueba demasiado difícil, sobre todo al no estar

preparado James, pero éste se movió con una inaudita rapidez. Sacó el revólver en décimas de segundo y alcanzó la moneda cuando ya ésta había empezado su caída. La bala la partió por la mitad.

Los dos hombres que estaban frente a James quedaron mudos.

Habían advertido en el recién llegado el estilo las maneras del pistolero profesional, del hombre que ha nacido ya con un revólver en cada mano. Cambiaron una rápida mirada.

—Ahora puedo hacer una demostración con el lazo —dijo James, rompiendo el silencio.

Como los otros no le contestaban, saltó a lomos de su animal, descolgó el lazo que yacía a un lado de la silla y picó espuelas con fuerza. El animal salió disparado hacia una valla, uno de cuyos poyos sobresalía ligeramente más que los otros.

James hizo girar el lazo por encima de su cabeza durante unos segundos y luego lo lanzó.

El anillo fue a caer sobre el poyo, quedando ceñido a él instantáneamente. El caballo corrió unas yardas más, pero ahora haciendo movimiento de noria, y al fin se detuvo resollando.

James fue hacia el poyo, desanudó el lazo y plegó la cuerda lentamente, mientras volvía al trote hacia los dos hombres.

—¿Qué le parece, señor Bendell? —preguntó.

El capataz respiró entonces fuertemente, señal de que había estado conteniendo la respiración hasta aquel instante.

—Le contrataremos —dijo—. Es usted un caso especial, porque tengo órdenes de la dueña de ajustar a poquísima gente.

—¿La dueña? ¿Es que este rancho pertenece a una mujer?

—Por supuesto, pero desengáñese porque no va a verla. Ni trate de acercarse a ella tampoco.

—Caray, ni que fuera un monstruo…

—No es un monstruo. Pero si acepta trabajar en el rancho tendrá que ser con esa condición o lo pagará caro, forastero.

James se encogió de hombros.

—De acuerdo. ¿Cuánto ganaré?

—Tres dólares diarios y buena comida.

—Está bien. Acepto.

—Vete a aquel barracón de la izquierda. Te darán equipo y alojamiento. James saludó suavemente, llevándose dos dedos al sombrero con auténtica calma de tejano.

En el barracón de los vaqueros también había movimiento. Varios hombres lo estaban poniendo todo a punto.

—Puedes escoger la litera que más te guste —dijo uno de ellos —, siempre que no sea ninguna de las que ya tienen ropa encima. Esas están ocupadas.

—De acuerdo.

—Aquí se come a las doce. Esta tarde tendremos permiso, excepcionalmente, para ir a la ciudad, pero nadie debe decir nada acerca del rancho ni de su dueña. Al que se le vea hablando demasiado por ahí, será despedido.

James no hizo comentarios.

Salieron todos aisladamente, puesto que apenas se conocían. James se despistó lo antes que pudo y aguardó oculto entre unos cañaverales, a poca distancia del rancho, esperando no sabía exactamente qué.

Cuando llevaba aproximadamente media hora allí, vio salir por la portalada un carruaje cerrado tirado por dos caballos.

James lo siguió a distancia, procurando no ser visto.

No cabía duda de que en aquel coche iba la dueña del rancho. Posiblemente pensaba comprar en la ciudad algunas cosas que necesitaba aunque parecía tener mucho interés en no mostrarse en público.

A la entrada de la ciudad, un jinete salió a recibir el carruaje, situándose a su lado.

Era Bendell, el capataz.

El coche y el jinete siguieron hasta el almacén general de la población, situado en el centro de la calle principal, y allí se detuvieron. Bendell descendió, amarró su caballo, habló unos instantes con la mujer del carruaje, que no descendió ni un momento, y terminó penetrando en el General Store.

Volvió a salir al cabo de unos minutos con varios paquetes que hizo entrar por una de las ventanillas del coche.

James, que había dejado su caballo amarrado unas yardas más arriba, se acercó parsimoniosamente.

Cuando el capataz salía del almacén por segunda vez, James tropezó intencionadamente con él y consiguió que todos los paquetes cayeran por tierra.

—Lo… lo siento —dijo—. Le ayudaré a recogerlos.

—¡Es lo menos que puedes hacer, imbécil!

James tomó algunos de los paquetes recién caídos y fue a introducirlos por la ventanilla del carruaje. Pero, antes de que pudiera conseguirlo, oyó silbar algo muy cerca de él. No se dio cuenta de que era un puño hasta que éste entró en contacto con su barbilla. Cayó hacia atrás, soltando también los paquetes, mientras sentía como si cien campanillas repiquetearan dentro de su cráneo.

El capataz tenía unos puños como mazas, de eso se dio cuenta James cuando ya estaba en el suelo y con la mandíbula más desencuadernada que un libro hojeado por toda una tribu india.

Miró hacia arriba, llevándose la mano al punto exacto donde había recibido el trompazo.

—¿Pero qué le ocurre? —masculló.

El capataz le miraba con ojos llameantes, unos ojos que parecían ir a salírsele de las órbitas.

—¡Estúpido! ¡Un tiñoso como tú no puede acercarse a ese carruaje!

—¿Por qué no?

—¡Levántate y te lo demostraré!

James aún intentó arreglarlo, y de paso conseguir lo que había estado buscando.

—Pediré perdón a la señorita que va en el interior —musitó—. Porque supongo que es una señorita… Se puso en pie, pero un nuevo golpe, esta vez al pómulo, lo envió rodando por tierra. James se frotó el nuevo punto afectado. A este paso iban a dejarle la cara hecha un mapa.

Pero su expresión había cambiado ligeramente. Ahora era la expresión de un hombre peligroso. Sus ojos tuvieron un extraño brillo gris.

—¿No va demasiado lejos, Bendell?

—¡Levántate y te diré hasta dónde pienso llegar, imbécil!

Ya se había formado un círculo de curiosos en torno a los dos enemigos, que continuaban casi pegados al carruaje. James se puso en pie pesadamente y como si aún no se sintiera muy seguro sobre sus pies, lo cual sólo era comedia en parte, porque aún sentía los golpes como si éstos hubieran repercutido en todos sus huesos.

Bendell avanzó hacia él.

Estaba tan seguro de tumbar para siempre a su adversario con

un nuevo golpe, que no se molestó en cubrirse.

Se dio cuenta de que había cometido un error cuando su cabeza chocó contra un costado del coche y cuando todo su cuerpo dio una vuelta de campana, quedando medio empotrado en el polvo de la calle.

Un grito de entusiasmo brotó de las gargantas de algunos espectadores, que adivinaban una pelea movida y sangrienta. El grito se repitió cuando Bendell saltó sobre su contrincante hecho una furia, sin tiempo para reponerse de los efectos del golpe.

James se echó hacia un lado y dejó que su enemigo pasara, yendo a estrellarse aparatosamente contra las ancas de un caballo que estaba amarrado unas yardas más allá.

El momento lo aprovechó James para mirar hacia la ventanilla del carruaje, creyendo que tal vez su ocupante se asomaría para presenciar la salvaje pelea.

Pero no divisó rostro alguno. La dueña del Rancho 7 seguía tan misteriosa como siempre.

Bendell se puso en pie de nuevo. Aprovechó la distracción de su enemigo para golpearle en la nuca. James consiguió volverse en el último momento, pero no esquivó el impacto del todo.

El dolor le hizo tambalearse. De no estar próximo al carruaje, en el que se apoyó, hubiera caído por tierra.

Bendell, lanzando un salvaje grito de triunfo, vino de nuevo sobre él. Dirigió un golpe al estómago, pero James lo detuvo. Movió a continuación la derecha y la proyectó en forma de gancho contra la mandíbula de su enemigo. Se oyó un chasquido de huesos y un alarido, mientras Bendell caía hacia atrás.

Su revólver salió desprendido de la funda y cayó al suelo. James lo envió lejos de un puntapié, para evitar malas tentaciones.

—Más vale que dejemos esto, Bendell —dijo en voz alta—. No hay razón para que uno de los dos quede sin un hueso.

—¡Dices eso porque tienes miedo!

James lanzó una silenciosa carcajada.

—¿Miedo yo?

—¡Aún conservas tu revólver!

—Cierto, y podría usarlo, pero no lo haré. Vamos, levántate y dejemos esta pelea estúpida.

Bendell se levantó, en efecto, llevándose una mano a la frente,

como si aún estuviera medio aturdido. Pero de pronto embistió, cuando su enemigo estaba descuidado.

Esta vez la estratagema tuvo éxito, y James recibió en el estómago un cabezazo que le dejó sin respiración. Se ladeó, porque supo lo que iba a venir después, pero no pudo evitarlo del todo.

El jab de izquierda de su enemigo estuvo a punto de saltarle una ceja. Dio una vuelta sobre sí mismo y recibió otro corto al estómago. Esta vez sí que tuvo la sensación de que el puño de su enemigo le salía por la espalda después de atravesarle como una bola de fuego.

Pero se rehízo. Si ahora vacilaba durante un solo segundo estaría perdido. Encogiéndose, se cubrió el rostro con ambos puños y detuvo dos nuevos golpes de su enemigo. Éste se descubrió otra vez.

Era fuerte, pero no dominaba la técnica del cambio de golpes. James movió los puños en fracciones de segundo, al compás de uno-dos, y la mandíbula de su enemigo pareció saltar hecha pedazos.

Bendell dio una vuelta completa sobre sí mismo, mientras gritaba. En su cráneo se encendieron mil lucecitas. Sus ojos quedaron en blanco por unos momentos, y James los aprovechó. Oía confusamente las voces de los espectadores, que le apremiaban para que acabase a su rival:

—¡Dale!

—¡Ya es tuyo!

—¡Un golpe más y lo envías a las nubes!

—¡O a los infiernos, que se está más calentito!

James movió ambos puños y alcanzó de lleno a su rival, una vez en el hígado y otra en el plexo solar. Con esto estuvo seguro de que Bendell ya no podría cubrirse acertadamente, de que ya era suyo. Y a continuación sus dos puños salieron disparados contra la cara.

Bendell dio una vuelta completa sobre sí mismo antes de caer.

James le volvió la espalda.

—Lo siento —dijo—, pero tú lo has querido.

En ese momento uno de los vaqueros del Rancho 7, queriendo, sin duda, agradar al capataz, dejó caer en las manos de éste un revólver.

Bendell lo amartilló ansiosamente.

Tenía a su enemigo de espaldas.

—¡Cuidado! —gritó una voz.

James se volvió poco a poco, sabiendo que le apuntaban ya, pero manteniendo las manos a la altura de las caderas. Nadie más volvió a gritar. Se hizo en la calle un espantoso silencio.

CAPÍTULO III

James seguía con los brazos arqueados, mirando fijamente a su enemigo. Sabía que éste, irritado por los golpes, estaba a punto de disparar. Y luego no llegarían a acusarle seriamente de asesinato, porque era cierto que él llevaba un revólver, aunque de ningún modo tendría tiempo de «sacar».

Por eso, sin hacer un solo gesto, miró fijamente a su enemigo, mientras a sus labios asomaba un suave rictus de desprecio.

Bendell apretó los labios.

Parecía que iba a disparar…

Y de pronto soltó el revólver.

—Él no lo ha sacado cuando yo estaba desarmado —dijo roncamente—. Yo no puedo emplearlo tampoco…

El vaquero que le había proporcionado el arma quedó lívido. James dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, con un suspiro de alivio que intentó disimular, pero que se oyó en parte de la calle.

Tambaleándose, avanzando con paso inseguro, Bendell fue hacia el carruaje, abrió la portezuela y se introdujo en el interior, mientras parte de los espectadores prorrumpían en carcajadas.

El coche avanzó a lo largo de la calle. El cochero hizo restallar su látigo sobre los lomos de los caballos para que éstos pasaran al galope.

Capítulo IV

James no era hombre que se entretuviera con vacilaciones cuando llevaba algo entre ceja y ceja.

La personalidad de Bendell, el capataz, le preocupaba, quizá porque no llegaba a entenderla, y por eso se dirigió a su barracón esa noche, al regreso de la ciudad, cuando ya los faroles de petróleo llevaban largo rato encendidos en los puntos más estratégicos del rancho.

El capataz ocupaba un barracón aparte del de sus hombres, las dos terceras partes del cual estaban ocupadas por un almacén de herramientas, que así quedaban bajo la vigilancia directa de Bendell.

De una forma instintiva, sin proponérselo, James caminaba sin levantar el menor rumor, del mismo modo que lo hacen los felinos. Por eso, al abrir la puerta del barracón, que además estaba recién engrasada, nadie captó su presencia.

Mientras cerraba a su espalda, vio dos sombras muy juntas en la parte del barracón que estaba destinada a herramientas. Eran dos hombres, y hablaban sigilosamente.

James, siguiendo su costumbre, no se hubiera acercado, porque sabía respetar los secretos de los demás, pero le llamó la atención que aquellos dos hombres fueran el capataz y Slim, el vaquero que por la tarde le había puesto un revólver en la mano para que disparara contra él.

Por eso se apoyó en la pared, junto a unos montones de tablas recién cortadas, y escuchó conteniendo la respiración. Slim decía:

—Debiste haber disparado. Ese tipo puede complicar mucho las cosas. Y por si fuera poco, nadie sabe quién es ni de dónde viene.

—No podía. Era una canallada.

—Hay momentos en que uno no puede mirar esas cosas, Bendell.

—No fui capaz de hacerlo entonces y no lo haría ahora tampoco.

—Pero a lo mejor quiere provocarte. Sé que acabaréis matándoos de todos modos.

—Es posible, pero no quiero precipitar las cosas.

—Lo que ocurre es que le tienes miedo.

—No digas tonterías.

—Siendo así, no conseguirás tus propósitos… No podrás convertirte nunca en el dueño de este rancho.

La frase extrañó mucho a James, que seguía en silencio escuchando, que llegó a provocar una crispación de sus músculos. Esperó ansiosamente la respuesta, pero ésta no llegó. En aquel momento un caballo pasó al trote corto por delante del barracón. Bendell hizo que Slim se apartase.

—Podría entrar alguien y recelar. Mejor será que te vayas.

—De acuerdo, pero esta situación no me gusta.

—Ya seguiremos hablando, Slim.

El vaquero salió, pasando casi junto a James, pero tan ensimismado iba en sus pensamientos que no llegó a verle. A ello contribuyó también la espesa penumbra que reinaba en el barracón. Cuando Slim hubo cerrado la puerta y sus pasos se hubieron alejado por el sendero, James adelantó un poco. Ahora ya no le importaba que Bendell llegase a oírle.

El capataz sufrió una sacudida al ver aquella sombra.

Estuvo a punto de echar mano al revólver, pero se contuvo al ver que se trataba de James.

—¿Qué hace aquí? —gritó—. ¡Éste es el barracón asignado exclusivamente para el capataz! ¡Nadie puede entrar en él sin mi permiso! ¡Fuera!

—¿Tenía permiso Slim?

—¡Claro que lo tenía! ¡Repito que fuera!

—Antes vamos a hablar usted y yo, Bendell.

—No tenemos nada que decirnos.

—Quizá sí, Bendell. Quizá yo quiera saber qué hay entre ese tipo, Slim, y usted.

—Nos conocemos desde hace años. ¡Ésa es una cuestión enteramente nuestra y que a nadie le importa!

—Es que quizá me importe a mí, Bendell. Y quizá quiera saber

qué es lo que se propone hacer en este rancho.

—Trabajar. Soy el capataz.

—En todo caso es un capataz muy extraño, Bendell.

—¿Por qué?

—Ahora me estoy fijando en que es usted muy joven. Se deja en parte la barba para parecer mayor, y reconozco que al principio da una impresión falsa. Pero ahora, mirándole bien, a pesar de la penumbra, me doy cuenta de que es bastante crío.

—No sabe lo que dice.

—Sí, amigo, sí que lo sé —dijo James, poniendo tranquilamente las manos en sus bolsillos—. Hay otra razón, además, para que yo crea eso.

Bendell estaba visiblemente alterado. Se notaba su palidez a pesar de la penumbra.

—¿Qué otra razón? —balbució.

—Mire, le voy a ser franco —dijo tranquilamente James—. Yo no soy ningún hércules, ningún titán… ningún tipo de esos que derriban un roble con sólo mover un dedo. ¿Para qué voy a decir lo contrario? Sé boxear, pero he pasado mis apuros, como todo el mundo, y he recibido alguna que otra paliza. A usted, en cambio, Bendell, le tumbé con mucha facilidad. Es fuerte, pero inexperto, y tiene una blandura que yo sólo atribuyo a su excesiva juventud. Sea sincero conmigo. ¿Qué edad ha dicho aquí que tiene?

—Veintiocho años.

—¿Y qué edad tiene realmente?

—Veintiuno.

James retiró la mano derecha de su bolsillo y se la pasó por la mandíbula, que aún le dolía.

—Diablos…

Dio un par de pasos, sin inquietarle el ofrecer la espalda al capataz, y de pronto se volvió.

—¿Usted conoce a los hombres, Bendell?

—¿Qué quiere decir?

—Si es capaz de distinguir cuándo alguien le habla honradamente, sin intención de hacerle daño.

—Bueno, pues…

—¿Qué pretende en este rancho, Bendell?

—¿Yo?

—No emplee rodeos. Le doy mi palabra de honor de que no iré con el chivatazo a la dueña, a la que ni siquiera conozco. Pero antes he oído decir a Slim que usted pensaba adueñarse del rancho.

—Es… es cierto.

Hizo un gesto brusco y añadió:

—Tengo derecho a ello.

—¿Por qué?

—Usted no me creerá. Es algo mayor que yo, pero no mucho. Creo que no llegará a comprenderme.

—¿Por qué no prueba? En el fondo, y a pesar de que no he llegado a los treinta años, tengo a veces los pensamientos y la amargura de un viejo.

—Es que…

—Vamos, hable…

—Usted no debe saber que el dueño de este rancho se llamaba Biganian —dijo el capataz, decidiéndose al fin.

—Desde luego lo sabía.

—Era un hombre bastante mayor, muy avaro, que dedicó toda su vida a hacer dinero y a conservarlo.

—Sabía también eso.

—Pues bien, yo… yo soy su hijo.

La inesperada revelación dejó a James tan aturdido que en el primer momento no supo ni qué pensar. Fue como si le hubieran asestado un mazazo en el cráneo. Tomó asiento en un banquillo de madera que había en el almacén, mientras se llevaba una mano a la frente, y permaneció en silencio durante unos segundos, en tanto le dominaba una absurda sensación de vértigo. La idea de que aquel joven pudiera ser su sobrino le anonadaba. Bruscamente, le pareció que muchas cosas de las que había llegado a pensar o sentir carecían de sentido. Pero, bien mirado, todo aquello era un poco absurdo. Necesitaba asegurarse…

Y alzó la cabeza.

—¿Cómo sé que dices la verdad? —musitó.

—Hay un par de cartas de mi padre, desde luego muy antiguas, en las cuales reconoce que yo soy su hijo.

—¿Cómo llevas el apellido Bendell?

—Era el de mi madre.

—Por tanto, Biganian no te reconoció legalmente…

—No.

James apretó los labios.

—Comprendo que es molesto hablar de esto, y ti pido que me perdones, pero ¿qué era tu madre?

Bruscamente James, sin darse cuenta siquiera, había pasado a tratar a Bendell como un hijo. No podía evitarlo.

Bendell susurró:

—Fue la primera empleada que tuvo el rancho. Hacía la comida para los vaqueros, los pocos que había entonces, cuando estas tierras eran solamente Rancho y Biganian no podía ni soñar que un día llegarían a ser Rancho 7.

—Comprendo. Ella era muy poca cosa para Biganian, ¿no?

—Sí… Eso es lo que creo.

—Muy poca cosa para casarse, pero no para tener una aventura.

Bendell hizo girar la cabeza, rehuyendo mirarle.

—Me molesta oír hablar así de mi madre.

—Lo comprendo, pero era necesario. No volveré insistir sobre este tema. ¿Qué fue de tu madre al nacer tú?

—Ella me dio su apellido, ya que no podía hacer otra cosa, y me cuidó lo mejor que supo.

—Supongo que no le sería fácil salir adelante.

—No, no le fue fácil. Biganian se comportó peor que las fieras, puesto que hasta en la selva los animales cuidan de sus hijos. Mi madre fue expulsada del rancho y hubo de vagar de un lado para otro, hasta que murió cuando yo tenía cinco años.

James se pasó la lengua por los labios, que se le habían ido quedando resecos.

No sabía por qué y algo le dolía en el pecho, algo que no era capaz de explicar.

Susurró:

—¿Qué puede hacer un niño de cinco años por estas tierras salvajes?

—No lo sé… —Bendell se había pasado una mano por la frente—. Ni yo mismo sería capaz de explicar ahora cómo pude salir adelante, cómo logré sobrevivir. Estuve recogido por un matrimonio de cuáqueros a los que luego asesinaron unos pistoleros. Fui con esos pistoleros durante un tiempo. Luego ahorcaron a la mayor parte de ellos y volví a quedar solo, pero para entonces ya podía

trabajar. Hice toda clase de faenas rudas, y eso me dio musculatura y pareció envejecerme antes de tiempo —añadió.

—Supongo que aprenderías muchas cosas.

—Todo lo que debe saber un buen capataz.

—Lo comprendo. Y me doy cuenta de que, en cierto modo, saliste ganando.

—No, no todo lo que aprendí fue bueno.

—Eso también lo comprendo. —Lo peor que quedó en mí fue el miedo…— dijo Bendell, lenta y pensativamente. —Miedo al hambre, al frío horrible de las llanuras, miedo a ser perseguido, miedo a ser apaleado como un perro. Usted no puede imaginarse lo que es eso. Durante años fui golpeado sin poder defenderme, fui maltratado sin que pudiera ni tan sólo alzar la voz para pedir socorro. Cuando un niño de seis, de siete años, es llevado de un lado para otro por el viento salvaje del Oeste, se convierte en algo así como un perro vagabundo. Y usted se habrá fijado ya en cuál es la característica de los perros vagabundos. El miedo…

James guardó un instante de silencio, después de estas palabras de Bendell, mientras dejaba vagar penosamente la imaginación a través de los años anteriores. Pensó en un niño a quien todo el mundo habría maltratado, que no habría visto gestos de cariño más que contadas veces en toda su vida. Pensó en lo que habría sido la existencia de Bendell hasta llegar a ser lo que era en este momento: capataz del poderoso Rancho 7. Pero había algo que seguía sin comprender.

—El miedo se domina —musitó.

Bendell cerró los ojos. Visto así, sin tapujos ni disimulos, parecía mucho más joven. Bajo las facciones que querían ser rudas, se notaba aún la máscara de sufrimiento del niño.

—Sí, ya sé que el miedo se domina —dijo con un soplo de voz—, y yo lo he intentado muchas veces.

A veces me preguntaba: «¿Por qué tienes miedo?». Y luego me daba cuenta de que era un reflejo misterioso del pasado, algo que me acompañaba en contra de mi voluntad, algo que al ver el puño de un enemigo me hacía gritar en mi interior: «¡Van a matarte! ¡Van a matarte!». Era mi voz de niño, la voz de cuando no podía defenderme, de cuando un golpe podía realmente significar mi muerte. Hay terrores contra los que uno no puede luchar, y ése es

uno de ellos.

—Sin embargo —dijo James—, al pelear conmigo esta tarde no te has comportado como un cobarde.

—Era por el afán de convencerme a mí mismo de que podía luchar como cualquier otro. Además, deseaba aparecer como un gran personaje a los ojos de la dueña del Rancho 7.

—¿Por qué?

Bendell dijo lentamente:

—Porque deseo casarme con ella.

CAPÍTULO V

James quedó otro largo rato sumido en silencio. Como le había ocurrido la vez anterior, aquella noticia: le anonadaba. Acostumbrado a la soledad, habiendo vivido siempre lejos de toda intriga, aquella situación parecía superior a sus fuerzas.

Y sin embargo era tan real y tan humana que el solo hecho de pensar en la infancia de Bendell le helaba la sangre en las venas.

—¿Será ésa la manera de hacer valer los derechos que tienes sobre el rancho? —musitó.

—Es la única forma posible.

—Tú eres el auténtico heredero de Biganian, no su mujer. Haz que se reconozca la certeza de la paternidad, cosa que con las cartas que dices poseer no será del todo difícil, y este rancho será tuyo sin necesidad de casarte con nadie.

Bendell suspiró con desaliento.

—He pensado eso muchas veces, James.

—¿Y por qué no lo haces?

—Fui a ver a dos abogados, y los dos me dijeron lo mismo. Sería un pleito costoso y largo. La mujer que se casó con Biganian es una pieza de cuidado; no se dejará arrebatar una fabulosa fortuna sólo porque alguien salga con un par de cartas diciendo que todo aquello le corresponde a él. Esas cartas serían atacadas, se las haría examinar por peritos calígrafos comprados con el oro de esa mujer… Serían destruidas tal vez. Un rancho que está sometido a pleito ya no se cuida como es debido. Dos o tres años de abandono bastarían para convertirlo en la mitad de lo que es. Y yo he pensado que conviene más atacar el asunto en línea recta.

—¿Casándote con esa mujer?

—Sí.

James había liado un cigarrillo parsimoniosamente. Lo encendió.

—¿Dónde la conociste, Bendell?

La voz de éste fue ronca:

—En Nueva Orleáns.

—¿Antes o después de casarse con Biganian?

—Después, naturalmente. Es decir, la conocí cuando ya era viuda. Estaba reclutando gente para cuidar de un rancho en Texas y yo me presenté. En parte porque fui de los primeros y también porque conocía perfectamente todos los trabajos a realizar, se me nombró capataz.

—No le dirías que te considerabas hijo de Biganian.

—No, claro que no… Ni siquiera llevo ese apellido, y además ella no me preguntó nada.

James fumó pensativamente durante unos instantes, sin decir una palabra. Luego susurró, mientras exhalaba una lenta bocanada de humo:

—¿Te has dado cuenta de una cosa, Bendell?

—¿De qué?

—Ella fue la esposa de tu padre. ¿Cómo puedes pretender convertirla en tu propia mujer?

Bendell hizo un gesto brusco; sin duda había pensado cien veces en aquello. Sus ojos brillaban tristemente.

—Biganian no la tocó —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—El mismo día de la boda ella se puso gravemente enferma. Dos noches más tarde liquidaban a su marido.

—¿Sin que hubiera sucedido nada…?

—Nada.

—Pareces muy seguro…

—No sólo me lo dijo ella, sino que además escuché los comentarios de la servidumbre.

—O sea, que ese matrimonio es como si no hubiera existido…

—Eso pienso yo para tranquilizar mis escrúpulos.

—Pero hay otra cosa.

—¿Sí?

—¿Fue esa mujer inocente de la muerte de Biganian?

—No lo sé.

—¿No has hecho ninguna averiguación en este sentido? Se trata

de tu propio padre…

—Un padre muy extraño, puesto que jamás me tuvo como su hijo. Sin embargo, he hecho averiguaciones. La verdad es que… la verdad es que uno no puede permanecer indiferente ante esa mujer, y quisiera que fuese buena y digna. Pero mis investigaciones no me han llevado a ninguna conclusión, Puede ser inocente o puede haberle hecho matar ella; no lo sé, Lo que sí puedo asegurar es que se trata de la mujer más ambiciosa y sin escrúpulos que he conocido en toda mi vida. Al casarse con Biganian sólo pensaba en la riqueza, en su rancho fabuloso y en todo lo demás.

James exhaló otra lenta bocanada de humo.

—Pero a ti no te es indiferente, ¿verdad?

—No. La verdad es que siento reconocerlo, pero…

—¿Estás enamorado de ella?

—Creo que no me sería difícil enamorarme. Si sigo a su lado demasiado tiempo, me enamoraré como una criatura.

—¿Es bonita?

—Demasiado. Pero no es eso lo más importante. Lo que realmente llama la atención de ella es que es una mujer distinta a las otras.

—¿Por qué no se deja ver?

—Dice que prefiere no conocer a nadie, porque la gente de aquí no le ofrece ningún interés. Pero yo creo que es que tiene miedo a ser perseguida por los hombres. James apagó con el pie los restos del cigarrillo, El tabaco tenía para él un sabor espeso y amargo. Durante unos largos minutos se produjo entre los dos hombres un intenso y significativo silencio.

James no sabía realmente qué pensar de todo aquello. No sabía si todo lo que acababa de escuchar era bueno o malo, favorable o desfavorable. Se daba cuenta también de que Bendell estaba sumido en un mar de confusiones, de que no sabía tampoco qué pensar.

Por fin Bendell susurró:

—Usted me ha hecho muchas preguntas; si me lo permite, yo voy a hacerle sólo una.

—Hazla. Supongo que lo que te ocurre es que estás: desorientado, ¿verdad?

—Muy desorientado. Y la pregunta es ésta: ¿quién es usted realmente?

James se encogió de hombros.

—No quiero mentirte, muchacho. Yo también me llamo Biganian.

Todo el cuerpo del capataz sufrió una brusca sacudida, Sus labios temblaron un momento.

—¿Se llama Biganian… por casualidad?

—No. Yo era hermano del dueño de este rancho.

—No puede ser. Está mintiendo. Usted es un hombre joven, y él era casi un viejo cuando murió.

—Nada se opone a que dos hermanos se lleven muchos años, veinte o veintiuno, por ejemplo. Tanta edad nos separaba, que cuando yo nací ya él se había alejado de nuestro hogar para ganarse la vida en Texas. Jamás llegamos a vernos. Yo sólo le conocía a través de un daguerrotipo que mi madre conservaba en el momento de morir. Luego me olvidé incluso de él… hasta que oí hablar de su fabuloso rancho de Texas.

—Entonces vienes a quedarte con él…

No había rencor ni alarma en la voz de Bendell, sino más bien una especie de blanda resignación. James se dio cuenta de que, bajo su capa de aparente dureza, el capataz del Rancho 7 seguía escondiendo un corazón de niño. No llegaría muy lejos en aquella tierra.

Se encogió de hombros nuevamente.

—Confieso que ésa era mi intención al plantarme en Texas —dijo—. Pensé que yo tenía más derecho al rancho que esa mujerzuela.

—¿Y ahora no piensas lo mismo?

—Bueno, he cambiado un poco de opinión Un hijo tiene más derecho que un hermano. Creo en todo lo que me has dicho y pienso que tú debes convertirte en dueño del Rancho 7. Mi deber es ayudarte, pero…, pero no sé si el camino que has emprendido es el mejor.

—¿Quieres decir que no debo casarme con ella?

—No sé… Todo esto es muy confuso. Confieso que no sé qué hacer.

Se puso en pie, abandonando el banquillo, y dio un par de pasos sin mirar a Bendell. Luego susurró:

—A mí siempre me gusta dar la cara, pero en este caso no sé qué

pensar. En todo caso, antes me será necesario conocerla a ella. Pero te ayudaré… Ocurra lo que ocurra te ayudaré.

—Sin embargo, eso rompe casi todas tus aspiraciones.

James se encogió de hombros por tercera vez, mientras caminaba hacia la puerta del barracón.

—Toda la vida he sido una especie de vagabundo —dijo—. No importará que lo sea unos años más. Cuando tú tengas el rancho, yo me iré y no volveréis a saber de mí.

Y haciendo un breve saludo con la mano izquierda, salió del barracón sin volver la cabeza.

CAPÍTULO VI

El *sheriff* tenía su oficina algo lejos de la calle Principal, en una especie de plazoleta tranquila a la que daban sombra dos grandes árboles.

Cuando aquel forastero alto, fuerte y con las facciones tostadas por el sol se dejó caer por allí, el *sheriff* se le quedó mirando con más atención de la debida.

Por instinto conocía a los pistoleros, y aquel fulano lo era. Había nacido chupando un revólver. Era uno de esos tipos que lo disimulan muy bien, pero que son capaces, en un desafío, de matar al adversario y a los testigos de propina. Por eso procuró no tener lejos el revólver cuando le vio sentarse frente a su mesa.

—¿Cómo se llama, forastero?

—James.

—¿James qué más?

—James No-Le-Im-Por-Ta.

—¿Qué modos son ésos, forastero? ¿No sabe con quién está hablando?

—No he venido a que me haga preguntas aquí, *sheriff*. Al fin y al cabo no he cometido ningún delito aquí. He venido a saber si se hizo alguna investigación acerca de la muerte de Biganian. El *sheriff* se rascó el lóbulo de la oreja.

—¿Por qué le interesa eso?

—Trabajo en el Rancho 7.

—Sí, pero tuvo una violenta pelea con el capataz, o al menos eso me dijeron. Como esta oficina está algo lejos, cuando llegué ya había terminado todo, pero pude enterarme de lo ocurrido. Si el capataz llega a presentar la denuncia, no me hubiera quedado más remedio que detenerle.

—No la presentará.

—¿Es que ya son amigos?

—Eso no tiene importancia ahora. ¿Puede contestar a mi pregunta, *sheriff*?

El de la placa se rascó el lóbulo de una oreja, mientras parecía reflexionar.

—Pues no, no se abrió ninguna investigación —dijo al fin—. El hecho había ocurrido en Nueva Orleáns, a mucha distancia del condado y, por lo tanto, no era de mi incumbencia. En cambio le confieso que he esperado con impaciencia la aparición de la viuda, porque estaba seguro de que acabaría viniendo. Rancho 7 es un bocado demasiado apetitoso para dejarlo desperdiciar. Como esa mujer es el principal sospechoso para mí, sentía mucha curiosidad por verla, creyendo que quizá su rostro, o su expresión, me indicarían algo. Ya sabe lo que ocurre… Uno acaba teniendo olfato al cabo de los años, y a veces adivina cosas por la expresión de una cara o de unos ojos. Pero ella no se ha dejado ver. Tiene un interés enorme en no aparecer por la ciudad, y cuando viene no sale de su carruaje.

Hizo una mueca y preguntó:

—¿Usted la conoce?

—No.

—Es extraño, trabajando en el rancho.

—No se deja ver por nadie, ni siquiera por sus empleados. Sólo el capataz ha hablado con ella.

El *sheriff*, dándose cuenta de que aquel individuo llamado James no venía en son de guerra, puso ambas manos sobre la mesa, ya más confiadamente.

—Lo peor —dijo—, es que esa mujer ya ha empezado a causarme preocupaciones.

—¿Por el asunto de la muerte de Biganian?

—Oh, no… La verdad sobre ese crimen tal vez no la conoceremos nunca, aunque en mi interior sigo sospechando de ella. Lo digo por esto.

Extrajo de uno de sus cajones de su mesa un pedazo de papel doblado, que desdobló cuidadosamente, poniéndolo ante los ojos de James. Éste vio que se trataba de un plano, un gran plano de las tierras del Rancho 7 y los dos ranchos limítrofes, los únicos que

quedaban entre la ciudad y las montañas, donde los pastos ya no eran aprovechables.

El de la placa gruñó:

—¿Se fija usted?

—Sí —dijo James con una línea de preocupación cortándole la frente—. Me he fijado.

Unas grandes letras sobre lo que había sido el rancho de Biganian decían: «Rancho 7». Eso no hubiera tenido nada de particular de no ser porque los otros dos ranchos limítrofes estaban señalados simplemente con estos nombres: «Rancho 8» y «Rancho 9».

El *sheriff* volvió a doblar el papel.

—¿Se da cuenta? —preguntó.

—¿Cómo ha conseguido ese papel?

—Se le ha caído en la ciudad a uno de los hombres que trabajan con ustedes. A mí me lo han traído en seguida, y me he dado cuenta de lo que eso significa: *Ella* empleará los mismos métodos que su marido, si no peores. Está dominada por las mismas ambiciones… Piensa llegar tan lejos como sea posible para constituir un verdadero imperio. Si lo que intenta es comprar, yo no tengo ningún inconveniente. Si lo que quiere es amenazar o matar…, las cosas se pondrán al rojo vivo en este lado de Texas.

James no se daba cuenta, pero la arruga vertical seguía dividiendo su frente en dos. Tenía un aspecto de preocupación que era incluso superior al del mismo *sheriff*. Éste dijo, mientras guardaba el plano:

—Puede que haya guerra.

—¿Quiénes son los dueños de esos ranchos limítrofes?

—Del Rancho 8, por llamarlo así, una honrada familia que ha luchado lo indecible por salir adelante. Padre, madre y siete hijos, el mayor de veinte años. Del Rancho 9, una chica casi impedida y que apenas logra tenerse en pie. Supongo que las presiones empezarán por ella.

—¿Es joven?

—Unos veinticuatro años. A esa edad, una mujer ya empieza a ser un poco mayorcita en esta tierra, pero puedo asegurarle que se trata de una mujer de bandera. Lástima de lo que le ocurre en la pierna.

—¿Cree que venderá, si desde el Rancho 7 le hacen una buena oferta?

—No. Esa mujer es valiente y terca. Dice que la tierra es suya; no conseguirán nada si no es amenazándola.

James se llevó una mano a la frente.

Quería disipar sus preocupaciones, pero no podía hacerlo. Al contrario, cada vez se sentía más inquieto a causa de sus presentimientos.

—No se atreverá —dijo de todos modos—. No se atreverá a…

—¿Quién sabe?

—*Ella* tiene mucho trabajo en su propio rancho. No es lógico que empiece por declarar la guerra al vecino.

—Yo no estoy tan seguro. Cualquier cosa puede esperarse de una mujer de esa clase.

Fue en aquel momento cuando un comisario penetró corriendo en la oficina del *sheriff*. Venía demudado, y su rostro sudoroso reflejaba a la vez el horror y el pasmo.

—¡Venga, *sheriff*! —gritó—. ¡Venga, por Dios! ¡Parte del rancho de Suzy está ardiendo!

El *sheriff* se puso en pie de un salto, mientras una intensa palidez cubría sus facciones.

—Suzy… es la muchacha impedida… —balbució—. La del Rancho 9. Para desgracia nuestra, ya ha empezado la guerra…

CAPÍTULO VII

Lo que estaba ardiendo era un barracón del llamado Rancho de Suzy o Rancho 9, como lo llamaba ya el *sheriff*. El representante de la Ley y James vieron eso cuando llegaron al galope al lugar del suceso, apenas media hora más tarde.

El fuego en sí no tenía demasiada importancia, pero resultaba peligrosísimo porque podía desplazarse a los otros edificios, en cuyo caso el rancho hubiera sido prácticamente aniquilado. Los vaqueros, que al parecer no eran muchos, estaban ya sacando las provisiones del almacén y los caballos de la cuadra, además de las herramientas, por si el fuego se propagaba.

Sin embargo, pese a la alarma, la situación parecía dominada.

El *sheriff* gruñó:

—Creo que lo apagarán. Afortunadamente los vaqueros han llegado a tiempo. Vamos allá.

Los dos hombres espolearon sus caballos, acercándose a poca distancia del fuego. Éste había prendido en madera seca y chisporroteaba fuertemente, enviando ondas de calor agobiante, que hacían retroceder a intervalos a los hombres que trataban de sofocarlo. Sin embargo, y por fortuna para la ranchera, la bomba de agua estaba muy cercana al barracón. Los vaqueros habían formado una cadena por la cual circulaban ininterrumpidamente los cubos repletos de líquido. Todo parecía indicar que el fuego no se propagaría más, y que en menos de dos horas sería dominado del todo.

James susurró:

—¿Cree que esto es premeditado?

—No me cabe ninguna duda —masculló el *sheriff*—. Esto no obedece a una casualidad. Es el primer contratiempo que tiene Suzy

por negarse a vender su rancho. Y si todo terminara aquí…

—¿Cree que habrán más conflictos?

—No hemos hecho más que empezar. Venga.

El de la placa descabalgó, siendo imitado por James. Ambos hombres avanzaron hacia el edificio principal del rancho.

—¿Se llama Suzy la dueña? —preguntó James.

—Sí. ¿Por qué?

—Es raro que no esté allí —señaló al barracón—, dirigiendo los trabajos de extinción del fuego.

—¿No le he dicho antes que está parcialmente impedida? Para ella no son sencillas las cosas que otra mujer haría habitualmente. Vamos, acompáñeme adentro.

Los dos hombres pasaron al interior.

Éste era casi lujoso, dentro de la relativa sencillez que era normal en un rancho tejano. Había buenas butacas, cortinas, alfombras e incluso algún cuadro de excelente firma. Pero lo que más destacaba en aquel conjunto era la figura de una mujer.

Pocas figuras femeninas recordaba haber visto James tan armoniosas como aquélla, y eso que la mujer estaba vuelta de espaldas.

Era alta, espléndidamente formada, con cintura estrecha, caderas anchas y redondas y busto pujante. Sus cabellos eran color castaño oscuro. Vestía con más elegancia de la que parecía normal en un rancho. Cuando ambos entraron, al parecer no les oyó.

El *sheriff* dijo:

—Señorita Suzy.

Ella, que tenía la derecha apoyada en uno de los sillones, se volvió lentamente sin dejar de apoyarse. Miró a los dos hombres con rara intensidad, y ambos la miraron a ella, Sobre todo James. Éste se dio cuenta de que el rostro de aquella mujer estaba de acuerdo con su figura. Era un rostro muy bello, aunque no delicado. Más bien reflejaba energía, salud y una cierta sensualidad. Era uno de esos rostros que hacen pensar inmediatamente en una emoción carnal de primer orden. No podía definirse, pero tenía algo que para un hombre resultaba difícil de olvidar. James quedó materialmente con la boca abierta, mientras la mujer volvía los ojos hacia él.

—¿*Sheriff*?… —preguntó.

El de la placa carraspeó.

—Le presento al señor James —dijo—. Trabaja en el Rancho 7.

—¿Y a qué ha venido aquí? ¿A hacerme una nueva oferta de venta?

—No. Ni siquiera tenía noticia de esa oferta… —susurró James —. Estoy aquí casi por casualidad. Me encontraba en compañía del *sheriff* cuando han dado la noticia del incendio, y he venido con él. En estos casos un hombre más nunca está de sobra.

—Gracias, pero su ayuda no es necesaria.

El tono de la mujer era seco, distante, y sin embargo no apartaba sus ojos de los de James. Parecía como si las miradas de los dos se llamasen, se hipnotizasen de algún extraño modo.

El *sheriff* carraspeó de nuevo para tratar de aligerar aquella tensión dramática, aunque invisible.

—¿Cree que esto se halla relacionado con su negativa a vender el rancho, Suzy?

—Estoy segura.

—¿Es que la dueña del Rancho 7 ya le hizo una oferta? Tenga en cuenta que llegó hace dos días…

—Me había escrito antes. Por lo visto conocía perfectamente, aun sin haber estado nunca aquí, la topografía de esta región. Ya sabía, antes de poner los pies en Texas, que sólo dos pequeños ranchos le impedían ser la dueña absoluta de toda la comarca. Y me escribió diciendo que quería comprar el mío sin pérdida de tiempo.

—¿Conserva usted esa carta? —preguntó el de la estrella.

—¿Por qué?

—Podría ser una prueba de convicción contra esa mujer.

Suzy hizo un gesto enérgico, mientras avanzaba un paso apoyándose en el respaldo de otro sillón.

—No quiero líos con la dueña del Rancho 7. Lo único que pretendo es que me dejen en paz. Aunque tuviera esa carta no la usaría, pero es que además no la tengo. Estaba redactaba en términos exigentes, insultantes casi. ¡Como si ella fuese la dueña del mundo! ¡Como si me hiciese un gran favor comprándome mi rancho! Mi primera reacción fue arrojarla al fuego, y así lo hice.

—¿Qué plazo le daba ella para contestar?

—Doce horas. ¿Es justo eso, *sheriff*? ¡Doce horas, como un ultimátum! ¿Qué se ha creído?

—¿Y piensa que esa mujer habrá sido tan audaz como para

intentar quemar su rancho al no obtener respuesta?

—¿No tiene bastantes pruebas, *sheriff*? ¿Qué ha de suceder para convencerle? ¿Ha de atacarme a cañonazos?

—¿Cómo cree que ella pudo provocar ese incendio, Suzy? *Ella*… Ya volvían a llamarla así. James pensó que la personalidad de la misteriosa dueña del Rancho 7 era tan absorbente que no necesitaba ni siquiera darle nombre.

Vio que Suzy se acercaba a una ventana, y entonces se dio cuenta de por qué caminaba con tanta dificultad. Suzy tenía un tobillo entablillado y vendado fuertemente. Su rodilla del mismo lado tampoco podía hacer el juego normal. Por fuerza había de mantener la pierna rígida, y eso hacía que caminase muy torpemente. Sin embargo, sus gestos no eran grotescos; más bien producía una cierta lástima ver castigada de aquel modo a una mujer tan joven y bonita.

Cuando estuvo junto al *sheriff*, al lado de la ventana, ella señaló a través de los cristales el barracón que se estaba incendiando.

—Mire —dijo—. ¿Qué ve casi encima del barracón?

—Una colina.

—¿Y qué ve en esa colina?

El *sheriff* lanzó un gruñido.

—¡Diablo, se me tenía que haber ocurrido antes! ¡Se ven las ruedas de un carro que bajan rectas hacia la casa!

—Pues ésa ha sido la táctica empleada —dijo Suzy—. Sencilla, ¿verdad? Pusieron un carro con paja en lo alto de la colina y lo dejaron rodar hacia abajo. No había confusiones iría recto hacia el barracón. Y menos mal que lo que tenían más a mano era ese edificio de escasa importancia, porque si llega a estar mi casa en esa posición la incendian igualmente.

—Tiene razón —dijo James—. Ahora recuerdo que al llegar hemos visto los restos de un carro empotrados en la pared del barracón. Pero en ese momento no he sabido comprender lo que significaban.

—¿Y nadie ha visto lo que se preparaba? —masculló el *sheriff*—. ¿Tan confiados estaban todos?

—¿Es que había motivo para alarmarse? —preguntó la mujer—. ¿Qué había sucedido aquí en el último año, *sheriff*? ¡Nada, absolutamente nada! ¡La tranquilidad era absoluta hasta que llegó

esa mujer! ¡De ahora en adelante no me atrapará descuidada, pero cuando eso sucedió, yo estaba más tranquila que al día siguiente de nacer! ¡Dese cuenta de la situación, *sheriff*!

El de la placa se rascó el lóbulo de una oreja, como parecía ser costumbre en él.

—No sé qué voy a hacer… —dijo—. Si hubiese alguna prueba más concluyente que las ruedas de un carro…

—No le pido que haga nada, *sheriff* —silabeó Suzy—. Ab-so-lu-ta-men-te
na-da.
Sólo que se dé por enterado de una cosa, para que luego no diga que no le avisé, Si esa mujer… como se llame, vuelve a intentar algo contra mí, iré en su busca y la mataré. ¡La mataré con mis propias manos!

El *sheriff* se encogió de hombros.

—Si se ponen así las cosas, no seré yo quien lo impida. ¿Necesita alguna clase de ayuda para apagar el fuego, Suzy? ¿Envío a mis hombres o recluto voluntarios en la ciudad?

—No necesito nada. Ya ve que lo estamos dominando…

—Entonces voy a marcharme. Ya sé todo lo que necesitaba saber.

Hizo una seña.

—¿Vamos, James?

—Vamos.

Antes de salir, el joven se volvió hacia la mujer.

Ella también le estaba observando.

Su mirada era intensa, dura, pegajosa, posesiva.

Una mirada que penetraba más allá de la piel. Una mirada que parecía querer decir: «Serás mío cuando yo me lo proponga».

En cierto modo la audacia de aquella mirada era propia de un hombre, pero palpitaba en ella tanta pasión femenina que James se sintió extrañamente impresionado.

«He aquí una mujer a la que no han amado jamás —pensó—. He aquí una mujer cuyo corazón y cuyas pasiones podrían ser un volcán…».

Pero ninguno de esos pensamientos se notó en sus ojos. Se limitó a llevarse los dedos a la frente, a manera de saludo, y a decir:

—Buenos días, señorita. El *sheriff* y él salieron lentamente,

dirigiéndose a sus caballos. Unas yardas más allá el fuego seguía en trance de ser sofocado. El número de los que lo apagaban había aumentado con el concurso de unos cuantos voluntarios. —No hay peligro— dijo el *sheriff*. —Suzy se ha librado de un desastre… pero sólo por ahora.

—¿Qué piensa hacer?

—Ya ha oído a Suzy. Ella no se amilana. Querrá luchar, y si yo intervengo me encontraré entre dos fuegos. Lo mejor será esperar los acontecimientos. Entonces, según lo que suceda, intervendré en un sentido o en otro.

—Yo no puedo opinar, *sheriff*. Lo que usted decida estará bien, supongo.

—¿Y usted? ¿Qué va a hacer?

—Tal vez hable con la dueña del Rancho 7.

—¿Querrá escucharle?

—No lo sé; no he hablado jamás con ella. Ni siquiera la he visto.

—Es una mujer extraña; tan rara que no sé qué pensar.

—En ese caso le daré un consejo, *sheriff* —dijo James—. No piense. Volvió a llevarse dos dedos a la frente, a modo de saludo, y se alejó en dirección al Rancho 7.

Pero antes de llegar tuvo una buena sorpresa, si es que se puede llamar «buena sorpresa» a que a uno le descerrajen una bala desde menos de treinta yardas de distancia.

* * *

Fue al pasar cerca de una pequeña zona rocosa que cortaba la llanura. James avanzaba confiadamente cuando sonó aquella detonación.

Detonación y bala son simultáneas a tan corta distancia. James sólo se salvó porque en aquel preciso instante su caballo hizo un movimiento falso, al tropezar contra una piedra, y él cabeceó ligerísimamente. La bala, que normalmente le hubiera atravesado el cráneo, hizo volar su sombrero y le arrancó cabellos de la nuca. James no lo pensó ni un segundo. Moriría si continuaba sobre el caballo, de modo que dio una rápida voltereta y se colgó del animal, justo del costado opuesto a aquél en que estaba el tirador.

El caballo galopó furiosamente unas yardas y James se dejó caer a tierra porque adivinó que, de no hacerlo así, la próxima bala sería

para el animal, y no quiso sacrificarlo. Dio un par de vueltas sobre sí mismo, segando la hierba, mientras sacaba el revólver.

Aligerado bruscamente de su carga, el caballo dio un salto y esto le salvó la vida, porque efectivamente la segunda bala fue para él. El proyectil sólo le rozó el lomo, haciendo que su galope se volviera mucho más furioso.

Mientras tanto, James había visto ya de dónde partían los fogonazos. Apuntó con su revólver y disparó dos veces.

Las balas restallaron contra las rocas. En aquel momento surgió otro fogonazo, pero desde un punto distinto.

Eran dos los que tiraban contra él, y James no contaba con ninguna protección en aquel trozo pelado de llanura. Por un momento se sintió completamente perdido.

Quizá fue eso lo que le salvó, porque le obligó a tomar una decisión suicida que dejó perplejos a sus dos enemigos.

Poniéndose en pie de un salto, corrió en zigzag mientras disparaba furiosamente con su revólver. Supo que cuando llegase a las rocas ya no tendría ninguna bala en su cilindro, pero al menos obligaría a sus enemigos a cubrirse ante aquel aluvión de plomo. Le habían atacado desde unas quince yardas, y esa cortísima distancia se transformó ahora en un inconveniente para ellos, porque James la recorrió en sólo unos segundos y pudo cubrirse haciendo tan sólo cuatro disparos.

Cuando llegó a las rocas, se dejó caer entre ellas y recargó febrilmente su revólver.

Durante medio minuto estuvo casi completamente perdido, pero sus enemigos no se atrevieron a moverse porque ignoraban si llevaba un revólver o dos. A causa de la fulminante rapidez de sus movimientos, no habían podido fijarse en aquel detalle. Luego, James se arrastró poco a poco entre las rocas, sin asomar la cabeza, apoyándose en los codos y llevando el revólver en la derecha. El silencio era tan absoluto que se hubiera oído el deslizarse de un reptil, pero mucho más astuto que un reptil fue el propio James. No movió una piedrecilla, no levantó el menor rumor. Incluso la respiración la retuvo en muchos momentos, para que no le delatase.

Sus enemigos perdieron la paciencia. Se oyeron las pisadas de uno de ellos entre las rocas. Pero no avanzaba, sino que huía. El otro empezó a aullar:

—¡Maldito! ¡Perro cobarde! ¡Ven aquí, bastardo, o te juro que…!

La voz delató su posición.

James se puso en pie bruscamente, con el revólver amartillado, emergiendo entre las rocas.

—¡Defiéndete, Slim! —gritó—. ¡No voy a darte más que una oportunidad!

Slim, el hombre que prestó el revólver a Bendell durante la pelea callejera, era el que estaba entre las rocas. Se volvió con la velocidad de un reptil e hizo fuego, pero ya no llegó a tiempo.

James le había clavado una bala entre las cejas. La detonación retumbó sordamente en la inmensa llanura solitaria.

CAPÍTULO VIII

Después de convencerse de que su enemigo estaba muerto, James buscó con los ojos al otro, al que huía, para detenerle de un balazo. No pensaba matarle, sino obligarle a hablar. Slim ya no podría decirle nada, y él necesitaba saber a qué atenerse. Necesitaba conocer quién había preparado aquella cobarde trampa.

Pero la llanura estaba solitaria. Del fugitivo no se veía rastro por parte alguna.

Debía tener el caballo oculto en alguna vaguada, y ahora estaría huyendo por algún suave desmonte de los que abundaban hacia el sur, y que le ocultaba a la vista.

James ahogó una maldición.

Claro que, en cierto modo, no necesitaba interrogar a nadie. Suponía que la autora de aquel atentado era la dueña del Rancho 7. Debía haber pensado que ya estaba armando demasiados jaleos aquel forastero, y habría decidido eliminarlo valiéndose de los servicios de Slim, que por lo que James sabía de él, era uno de esos tipos capaces de matar a su padre por un puñado de monedas.

Pensando en todo esto, James guardó el revólver y oteó de nuevo el horizonte en busca de su caballo.

Tuvo que silbar muchas veces para que éste apareciera. El animal, más prudente que su amo, se había cobijado entre unos cañaverales situados a más de quinientas yardas.

Cuando pudo montarlo de nuevo, James se dirigió hacia el Rancho 7.

No pudo evitar la sensación de que estaba galopando hacia su propia tumba, pero al cabo de un rato había dejado de pensar en ello. A lo mejor la dueña del Rancho 7 tenía unas hermosas curvas. Siempre es más agradable hacerse matar por una mujer a la que

uno pueda llamar «chata»…

* * *

En el rancho seguía la febril actividad, bajo la dirección de Bendell, quien, pese a su juventud, era un capataz mucho más experimentado de lo que James creyó al principio.

James descabalgó junto a él.

—He tenido que matar a Slim —dijo a las primeras de cambio, sin ninguna clase de rodeos.

Bendell palideció.

—¿Qué ha sucedido?

—Me ha preparado una trampa que no le ha dado resultado por auténtico milagro. ¿Sabías tú algo de eso?

—Sólo he notado que éste faltaba al trabajo, pero nadie ha podido darme una explicación.

—¿Falta alguien más?

—¿Por qué?

—En la encerrona participaba otro que ha conseguido escapar.

Bendell reflexionó durante unos instantes.

—No, no falta nadie. He estado revisando los puestos hace poco. Todo el mundo estaba en su lugar, excepto Slim.

—Así tendría que ser alguien de fuera del rancho…

—Pues entonces no lo entiendo, James. ¿Quién ha podido intentar matarte? ¿Quién tendría interés en…?

—La dueña de este maldito pedazo de tierra.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Puede pensar que le estoy causando ya demasiados quebraderos de cabeza. No es una mujer que se detenga por un disparo más o menos. Ha ordenado incendiar parte de uno de los ranchos cercanos; el rancho de una muchacha llamada Suzy.

—¡No es posible! Yo no la creí capaz de…

—Pues yo la estoy creyendo capaz de todo.

Acarició su revólver, que aún estaba caliente a causa del sol y de los disparos, y añadió:

—No conozco a esa mujer, pero voy a darle una oportunidad.

—¿Qué clase de oportunidad?

—Le diré que se case contigo, confiando en que tú la harás cambiar. De lo contrario, creo que tarde o temprano no tendré más

remedio que clavarle una bala entre las cejas.

Bendell le miró intensamente.

—¿Es que de veras quieres ayudarme?

—Este rancho debe ser tuyo; eres la persona que más derecho tiene a conseguirlo. Y si casándoos lo disfrutáis los dos, miel sobre hojuelas. Yo no tengo nada contra esa mujer. Lo que pretendo evitar es que su ambición desencadene una verdadera guerra en la comarca, una guerra donde caerían más víctimas inocentes de las que tú y yo podemos ahora suponer.

Bendell se mordió los labios.

—No podrás hablar con ella.

—¿Por qué no?

—Hay un tipo que siempre está de guardia en su puerta. No quiere ser molestada por nadie.

—¿Y tú no puedes decir a ese tipo que se vaya al infierno mientras yo entro en la casa?

—No tengo autoridad sobre él. Forma parte de la guardia de la dueña.

—¿Y cómo se llama la dueña, si puede saberse?

—Margaret.

James pronunció el nombre lentamente otra vez:

—Margaret. Pareció como si lo hiciera girar entre sus labios, como si lo modelase. Y lo cierto fue que tuvo una sensación extraña e inexplicable al repetirlo, como siempre que se pronuncia el nombre de una mujer misteriosa y que puede influir en nuestra vida.

Bendell susurró:

—¿Qué vas a hacer?

—Muy pronto lo verás. ¿Dónde está ese gorila?

—¿Te refieres al guardián? Míralo.

Señaló hacia la casa principal del rancho, en cuyo porche un tipo gigantesco vigilaba apoyado en su rifle.

James se acercó allí parsimoniosamente.

—Pero ¿qué infiernos vas a hacer?

—Nada, hombre, nada…

Se acercó al guardián y dijo amablemente:

—Buenos días…

—O te largas o… —empezó a gruñir el guardián mientras

levantaba el cañón de su rifle.

No pudo decir más.

James movió su puño derecho en forma de catapulta, con una velocidad alucinante, y lo clavó en el mentó del centinela. Éste saltó hacia atrás, con los brazos cruz y dejando caer el rifle. No hizo un solo movimiento más. Había quedado fuera de combate al menos diez minutos.

Eliminado aquel obstáculo, James penetró tranquilamente en la casa.

Bendell quedó boquiabierto.

Y lo primero que se le ocurrió hacer fue retirar rifle de las inmediaciones del caído, por si a éste se le ocurría empezar a vomitar plomo en cuanto despertase.

* * *

Dentro del edificio principal del rancho todo era penumbra. James no había estado nunca allí, y hubo dos cosas que le sorprendieron sólo al entrar: la enorme quietud que imperaba allí dentro y el suave perfume que parecía desprenderse de todos los objetos.

Era un perfume suave, selecto, que hablaba de la existencia de una mujer de gusto. Los muebles que la vista podía distinguir, los adornos y los detalles del interior contribuían a acentuar aquella impresión de aristocracia que James no había encontrado en ningún otro rancho de Texas.

Cuando sus ojos se habituaron a la penumbra, vio que estaba en una gran sala donde no había persona alguna.

De allí arrancaban unas escaleras pintadas de blanco, por las que James subió sin vacilaciones.

En el piso superior había dos puertas. James no tardó ni medio segundo en decidir, Abrió la de la izquierda. Era un dormitorio coquetón, con muebles de madera blanca, suavemente perfumado, como todo el resto de la casa, y por cuyas ventanas penetraban lánguidos rayos de luz.

Dentro había una mujer.

Ésta llevaba una bata roja sobre los hombros, y estaba vuelta de espaldas. Era probable que debajo de su bata no hubiera nada, o casi nada. James sintió que, instantáneamente, la saliva se le secaba

en la boca.

Ella tenía los cabellos color castaño claro, casi rubio. Se los había peinado hacia arriba, formando sobre su cabeza como una suave bola de oro viejo. El cuello, largo y fino, sobresalía por encima de los pliegues de la bata. Ésta era corta, y lo que podía apreciarse de las piernas, enfundadas en finas medias negras, era como para dejar sin respiración a un sultán.

Pero aún no había visto su rostro.

Ella susurró, con una extraña suavidad:

—Hola, James.

La respiración de James volvió poco a poco.

—¿Cómo me conoce?

—He oído el estrépito que ha causado el centinela al caer sobre las tablas del porche. Y he supuesto que habías de ser tú.

—¿Por qué yo precisamente?

—Tú venciste a Bendell. Tienes madera de campeón.

—¿Cómo puedes saberlo si no me viste?

—Eso crees tú. Estaba dentro del carruaje, pero seguí la pelea punto por punto. Las mujeres tenemos mucha habilidad para observar sin ser vistas.

Y en aquel momento se volvió. James, que estaba apenas a tres pasos de ella, quedó boquiabierto. Nunca había visto una mujer así. Ni aun después ver a la excitante Suzy pudo James reaccionar. La combinación de picardía, de belleza y de perfección clásica que aquel rostro ofrecía, era como para ponerse a lanzar alaridos en medio del desierto.

Comprendía que Biganian se hubiera vuelto loco por ella. Comprendía que se lo hubiese jugado todo. Comprendía, incluso, que se hubiera dejado despachar a gusto en una sucia calleja de Nueva Orleáns. Margaret era una de esas mujeres por las que uno se lanza al abismo y no se le ocurre pensar que ha hecho mal hasta treinta años después.

Y, efectivamente, bajo la bata no llevaba casi nada; es decir, sólo llevaba la ropa interior. Pero se la había abrochado, y James adivinaba más que veía. Sin embargo, eso era suficiente.

Ella aguardó unos instantes, dándose cuenta de la muda y absorbente contemplación del hombre.

Luego susurró:

—¿Qué te parezco?

—¿A mí? Bueno… Pues…

—¿Crees que fui digna de casarme con tu hermano?

James volvió a quedar sin respiración. No sabía qué admirar más, si la belleza de la mujer, su excelente información o su audacia.

—¿Cómo sabes que yo soy hermano de Biganian?

—No soy tan tonta; me he informado. Además, él me enseñó cierta vez un retrato tuyo, que vuestra madre le había remitido poco antes de morir.

—De modo que…

Por primera vez en su vida, James estaba desconcertado. Por primera vez una mujer adivinaba el terreno que iba a pisar. Pero aún quedó más desconcertado cuando vio aquel «Derringer» de diminuto tamaño brillar suavemente en la mano derecha de la hermosa.

Capítulo IX

Sin embargo, reaccionó muy pronto; precisamente la vista de un revólver era lo que más contribuía a serenarle. Rió con suavidad, largamente, mientras miraba fondo de los ojos de Margaret.

—¿Es que vas a matarme? —preguntó—. ¿No sabes que una mujer como tú tiene, para aniquilar a un hombre, armas mucho más poderosas que ese ridículo «dos cañones»?

—Lo sé. Claro que lo sé.

—Tú misma los usaste con Biganian. Ahora me doy cuenta de que le llevaste adonde tú quisiste con tu diabólica belleza.

—Cierto, lo hice.

—¿Y aún lo reconoces?

—No tengo por qué mentir.

—¿Reconocerás también que le hiciste asesinar para convertirte en su única heredera?

—No; eso no lo reconoceré porque no es cierto.

—¿Por qué te casaste con él?

—El hecho de que accediera a ser su mujer no significa que pensara asesinarle.

—¿Quieres decirme para qué le buscaste entonces? ¿Quieres confesar de una vez qué es lo que pretendías?

Ella sonrió con suavidad, con una extraña sonrisa mezcla de la que tendrían un ángel y una tigresa.

—No pienso explicarte nada.

—Muy bien, en tal caso yo te sacaré las palabras una a una, aunque tengas un revólver en la mano. No estoy acostumbrado a que una mujer me imponga sus condiciones.

—No pienso imponértelas —susurró ella con una desconcertante dulzura—. No pienso hacerlo de ningún modo, James.

Y dejó caer el revólver al suelo antes de añadir:

—Mira.

James sintió que se le doblaban las rodillas y se le secaba la boca cuando ella, volviéndose de espaldas, dejó resbalar la bata poco a poco hacia el suelo.

Capítulo X

La bata se detuvo en la cintura, justo cuando James pensaba que la cosa empezaba a ser interesante de verdad. Realmente lo lamentó; lo sintió más de lo que pensaba.

Sin embargo, aquella sensación duró solamente unos instantes. Lo que mostraba la espalda de la mujer era lo bastante elocuente para que James se olvidase de todo. Para que se olvidara incluso de su propio nombre.

Porque la espalda de la mujer estaba materialmente cosida a latigazos. Eran latigazos antiguos, que había: dejado, sin embargo, una señal indeleble. Eran golpes propinados con saña contra la espalda de una mujer que debió estar atada mientras la castigaban, porque los surcos llegaban incluso hasta el nacimiento de sus brazos.

James, boquiabierto, dejó escapar una especie de suspiro.

No sabía qué pensar, no sabía qué decir. Estaba desorientado, desde que puso los pies en el dormitorio aquella mujer.

Ella alzó la bata hasta sus hombros, cubriéndose del todo, y el espectáculo terminó. Luego Margaret se volvió lentamente hacia James.

—Ahí tiene la respuesta —dijo.

—¿La respuesta… de qué?

—Usted me ha preguntado por qué me casé con Biganian.

—¿Pretende decir que él la obligó a latigazos? Además, esas marcas son mucho más antiguas.

—En efecto. Son de cuando yo tenía quince años.

El asombro de James aumentó. Estaba atónito. Si en ese momento alguien hubiera aparecido ante él para matarle, no hubiese sabido ni siquiera defenderse.

Sólo pudo balbucir:

—¿Cómo fue posible…?

—Claro que fue posible. Yo fui vendida como esclava.

—¿Do…, dónde?

—En Georgia.

James hizo un rápido cálculo mental, aunque no por eso disminuyó su asombro.

—De eso hará, entonces, unos siete años, Supongo. Aún no se había declarado la guerra entre el Norte y el Sur, Georgia era un Estado donde la esclavitud estaba en pleno auge. Pero nunca oí decir que pudiera ser vendida una mujer blanca.

—Yo lo fui.

—¿Por qué?

—Yo era desesperadamente pobre —dijo Margaret con voz ronca—. Tan pobre como las ratas que durante las noches iban a robar su comida en las riberas del río. Trabajaba en unas plantaciones de algodón, y el dueño de éstas dijo que le resultaría mucho más útil en la intimidad de su casa. Creí que me ofrecía un empleo de sirvienta y acepté.

James sentía la boca seca, espantosamente seca.

—¿Aceptaste? —preguntó.

—Pronto me convencí de que me quería para otras cosas. Yo tenía entonces quince años y empezaba a ser una mujer.

La boca de James se secó más aún. Su garganta parecía tallada en piedra caliza.

—¿Consiguió…, consiguió lo que quería?

—No. Tuve que huir una noche, saltando por la ventana. Fui a ver al jefe de la policía.

—¿Te ofreció alguna solución?

—No, al contrario. Lo primero que hizo fue pedir declaración a mi dueño. Éste afirmó que yo era una mestiza.

Margaret se sentó en el borde del lecho, juntando mucho las piernas, y añadió con voz espesa:

—Como tal mestiza, nada se oponía a que yo fuera tratada como una esclava. El jefe de policía dio toda clase de facilidades para aquella ignominia. Mi dueño se rió mucho cuando fui sacada a subasta, pero aún recuerdo el frío odio que destilaban sus ojos al mirarme. Un odio que estaba más allá de la muerte.

—¿Quién te compró?

—Él mismo, pero por intermedio de un amigo suyo. En resumen, yo continué estando en su poder, y a partir de ese momento él podía hacer conmigo lo que le viniese en gana. Ser llevada a su casa y obligada a convivir con él era una de tantas cosas que podían ocurrirme, sin que me fuera permitido pedir auxilio a nadie. En efecto, lo que decidió aquel hombre fue que viviese con él.

—De ese modo solucionaba el problema legal, ¿no? Una esclava era como un mueble. Le pertenecía enteramente y podía destruirla sin que nadie se interpusiera.

—Ésa era su idea, desde luego. Pero, cuando estaba a punto de ocurrir lo irremediable, yo me negué con todas mis fuerzas. Prefería cien veces morir.

Los labios de James se apretaron, formando en su cara una línea recta.

—¿Fue él quien te hizo propinar esos latigazos?

—Decidió que debía morir, ya que yo le había dicho que era eso lo que prefería. Pero no tenía que ser una muerte suave, sino cruel y lenta… Uno de sus hombres me ató al poste, y en presencia de más de cien testigos me hizo propinar una paliza inhumana, hasta que se me consideró muerta. Quedé atada al poste toda la noche; decidieron que me enterrarían a la mañana siguiente.

Los ojos de James parecían ahora dos pedazos de metal. No hablaba una palabra. Pero sus labios apretados en una mueca extraña, indescifrable, eran más elocuentes que todas las frases.

—¿Qué ocurrió? —dijo un instante después—. ¿Cómo te salvaste?

—Unos vagabundos me recogieron para vender mis vestidos. Ellos también habían creído que estaba muerta.

—¿Qué hicieron al ver que vivías?

Ella sonrió con una suave y amarga nostalgia.

—¿Quién no se compadecería de una muchacha de quince años? Cualquiera que hubiese pasado hambre, frío y miedo a la muerte me habría comprendido con sólo una palabra. Ellos me comprendieron. Fuimos en un carromato hasta Nueva Orleáns, donde viví miserablemente unos años, trabajando en los empleos más serviles. Fue allí donde conocí a Biganian.

—¿Qué te ofreció él?

—Convertirme en su esposa. ¿Te parece poco?

—¿Por qué accediste? A ti no te gustaba, Sabías, además, que nunca llegarías a amarle.

—Desde luego —dijo amargamente—, pero puesto que me ofrecían una compra, fijé yo el precio. Y ese precio fue lo bastante elevado para borrar mis negros pensamientos.

En vista del silencio de James, ella añadió unos segundos más tarde:

—Pero no llegó a haber nada entre los dos. Él murió antes de convertirse en mi auténtico esposo.

La voz de James tuvo matices inflexibles al preguntar:

—¿Le hiciste matar tú?

—Ya te he dicho que no.

—Sin embargo, no te faltaban motivos. Podías convertirte de la noche a la mañana en una mujer fabulosamente rica.

—Así es. No me faltaban motivos. La voz de Margaret había sido inesperadamente dura.

Apenas despegó los labios para añadir:

—Yo tenía varios motivos para obrar con frialdad, con crueldad hacia el hombre que se casó conmigo. En primer lugar deseaba fervientemente ser rica, no volver a pasar hambre ni humillaciones, ni peligros nunca más. Y en segundo lugar me daban asco los hombres.

James dijo suavemente:

—Lo comprendo.

—Sólo la proximidad de uno de ellos me causaba como un escalofrío. La proximidad de Biganian mucho más.

—Sigo comprendiendo.

—Deseo ardientemente ser rica, rica hasta la exageración, rica hasta tener la seguridad absoluta de que nunca más voy a verme acometida por la miseria.

—No hace falta tanto dinero para tener esa seguridad, Margaret. Basta con algunos ahorros y el deseo de ser siempre una persona trabajadora.

—¡No! Yo sé bien que el trabajo, por lo menos el trabajo de una mujer, no vale nada. Sé también que hoy se puede poseer un rancho y mañana estar en la calle por una simple epidemia de las reses. Hace falta tener muchos ranchos, ¡muchos!, y muchísimo dinero

para poder decir: «El mundo es mío. Ya no temo a nadie».

James estaba impresionado ante la ambición de la mujer, aunque no quería demostrarlo. Se daba cuenta de que sus pasados sufrimientos la habían convertido en un ser vacío, insensible, que no ansiaba más que el dinero y el poder. Aquellos latigazos no sólo habían marcado su piel, sino también su alma. Y la habían marcado para toda la vida.

James retrocedió poco a poco hacia la puerta, no encontrando palabras con las cuales dominar aquella loca pasión desatada.

—Ten cuidado con lo que haces —dijo solamente—. Ten mucho cuidado o quizá sabrás entonces lo que es una bala entre los ojos.

Y salió sin dejar de mirarla.

Tuvo la sensación de que los ojos de la mujer seguirían clavados en su recuerdo, en su alma, en su sangre, aunque viviese cien años.

CAPÍTULO XI

Bendell estaba preocupado.

No era que las cosas marcharan mal en el rancho, pero no había visto a Margaret en las últimas horas, y el clima de guerra parecía haberse extendido por toda la comarca.

Las cosas eran más graves de lo que imaginó al principio. Mucho más.

Estaba sumido en estas reflexiones mientras iba hacia la ciudad a encargar vituallas para los hombres. De pronto su caballo lanzó un suave relincho y se detuvo, como si hubiera visto algo conocido.

Bendell, que estaba ensimismado en sus pensamientos, ladeó la cabeza. Tuvo un sobresalto, y en seguida sus labios se distendieron en una sonrisa.

Ahora comprendía por qué no había visto a Margaret en las últimas horas. Ella estaba paseando.

Su carruaje estaba allí, detenido a la entrada del bosque que había a unas cincuenta yardas. No se veía al cochero, pero los caballos, que pacían tranquilamente, eran del Rancho 7.

Bendell se acercó al galope.

—¡Margaret! —llamó—. ¡Señorita Margaret!

La vio de espaldas, apoyada en el tronco de un árbol que la ocultaba parcialmente.

—¡Eh, señorita Margaret!

De pronto ella levantó suavemente una mano.

Sonó un disparo, y el caballo que montaba Bendell dio un brinco al recibir una bala que le atravesó limpiamente la cabeza. Bendell, a pesar de ser un excelente jinete, no pudo prever la situación y salió despedido hacia adelante, dando una vuelta completa de campana en el aire antes de chocar contra el suelo.

No perdió el sentido, pero tampoco pudo reaccionar. Antes de que lo consiguiera, ya dos hombres habían aparecido ante él, encañonándole. Uno de ellos formaba parte del equipo del Rancho 7.

Bendell gruñó:

—Pero ¿qué diablos…?

—¡Quieto! ¡Arriba las manos!

—Muchachos, estáis locos…

Bendell iba a incorporarse, creyendo que se trataba de un error, cuando recibió en la cabeza un culatazo que le hizo rodar de bruces por tierra. Ahora sí que perdió el conocimiento unos instantes, y al recobrarlo se encontró atado frente a un grueso tronco, sin la cazadora de piel que llevaba poco antes. Le habían dejado en mangas de camisa, aunque de momento no comprendía por qué.

Hasta que de pronto oyó el chasquido de un látigo a su espalda. Incluso con eso no le fue posible comprender. No comprendió nada hasta que la lengua de cuero arañó su espalda, llevándose por delante parte de la camisa.

Bendell sólo pudo balbucir:

—Pero…

Seguía viendo la figura de Margaret apoyada de espaldas en un tronco de árbol que la ocultaba parcialmente. No distinguía su rostro, pero sí su mano izquierda, que volvió a hacer otra señal.

Ahora el silbido del látigo se convirtió en algo alucinante, Bendell apretó los dientes. Ahora el látigo, además de arrancarle trozos de la camisa, le arrancó también parte de su propia piel.

Bendell era fuerte sólo en apariencia. Tenía miedo al dolor, miedo a la impotencia, a los horrores vividos cuando no era más que un niño. Y, a pesar de que resistió dignamente el primer latigazo, no pudo soportar el segundo. Gritó pidiendo socorro. Cuando le dieron el tercer golpe, se puso a aullar. Luego, ni fuerzas para eso tuvo, Se puso a gemir sordamente, como hacía en los días de su infancia:

—Perdón… Perdón… Perdón…

Las lágrimas asomaban a sus ojos.

No sabía bien qué tenían que perdonarle, puesto que no recordaba haber hecho nada malo, pero el horror era más fuerte que él, la sensación de desamparo le ahogaba como si se tratase de

una garra.

—Perdón…

La voz pareció llegar hasta él desde muy lejos.

—¡Esto es lo que espera a los que me traicionan! —dijo aquella voz—. ¡Esto!

Y los latigazos siguieron cayendo sobre su pobre cuerpo hasta que Bendell, con un último estertor, perdió el sentido.

* * *

Los cascos del caballo sonaban lejanos, muy lejanos. El hombre que montaba el corcel escrutaba ojo avizor todos los relieves de la planicie, mirando a todas partes con esa intensidad que sólo tienen los cazadores natos o los animales de la jungla.

Fue el caballo muerto lo que le llamó la atención. Mejor dicho, los buitres que evolucionaban sobre un punto muy concreto, cercano al lindero del bosque.

A pesar de que ya las tinieblas empezaban a invadirlo todo, el hombre reparó en el detalle. Había un caballo muerto allí, y él hubiese jurado que era el caballo de Bendell.

Excitó a su montura, y fue entonces cuando abrió mucho los ojos, asombrado, al ver al propio Bendell sujeto a un árbol, colgando sin sentido de las ligaduras que le oprimían.

James, que era el recién llegado, descabalgó de un salto y se acercó corriendo al capataz del Rancho 7.

Al principio tuvo la sensación de que estaba muerto, porque la postración de su cuerpo era absoluta. Luego, al acercarse mejor, pudo ver que las heridas horribles de la espalda se movían levemente. Aquello indicaba que Bendell respiraba aún.

James lo desató con dos tajos de su cuchillo y lo sujetó para que no cayese, depositándolo blandamente en tierra. No se manchó apenas de sangre porque ésta ya se había coagulado en torno a las heridas.

Bendell movió apenas los labios. No le quedaban ni fuerzas para hablar.

Balbució:

—Perdón…

James, no supo por qué, sintió que las lágrimas, lágrimas de estupor, de lástima y de impotencia asomaban a sus ojos. Las manos

con que sostenía la cabeza del caído temblaron ostensiblemente.

—¡Bendell! ¡Soy yo, James! ¡Nada te va a ocurrir! ¡Abre los ojos, muchacho! ¡Ábrelos y mírame!

Las palabras no parecían penetrar en el castigado cerebro de Bendell. James hubo de repetir tres veces la frase, casi a gritos, para que al fin el capataz le entendiese.

Bendell abrió los ojos.

La figura de James se recortó poco a poco en ellos, hasta hacerle comprender la situación. Bendell lanzó entonces un sordo gemido.

—No… ¡No puedo más!

—Animo, muchacho… Voy a ayudarte. Tiéndete de bruces. Por lo menos te limpiaré las heridas.

Bendell hizo lo que se le indicaba y quedó sin sentido otra vez. Después de mirarle con una expresión indescifrable, James caminó hacia su caballo, detenido a unas pocas yardas.

Siempre llevaba en su silla una pequeña bolsa para curas de urgencia. Aquélla contenía, aparte unos vendajes, alcohol, vinagre y sal. Era lo mínimo de que podía echar mano en un caso de grave apuro, Buscó con los ojos algún arroyo y lo encontró en un lindero del mismo bosque. Apenas circulaba agua, pero sí la suficiente para llenar un plato de aluminio que también iba siempre en su silla. Al agua añadió un chorro de vinagre, y con los vendajes limpios empezó a lavar los trágicos segmentos que el látigo había dejado sobre la espalda de Bendell. Éste recobró el conocimiento a causa del dolor, y empezó a gemir entrecortadamente.

La operación fue lenta, porque James no quería causar demasiados sufrimientos a su sobrino. Al fin consideró que las brutales heridas ya no ofrecían peligro de infección y dio a Bendell un largo sorbo de licor, haciéndole sentarse. Cuando le tuvo en esa postura, procedió a vendarle cuidadosamente.

Bendell ya era capaz de hablar. Dijo con un soplo de voz:

—Ha sido horrible.

—¿Quién te ha dado esa paliza?

—Gente del rancho. Por lo menos a uno lo conocía. Se llama Burke.

—¿Es que te atraparon por sorpresa?

—¿Crees que de otro modo me hubiera dejado cazar?

—¿Y por qué te hicieron eso?

—*Ella* lo ordenó.

—¿Ella? ¿Margaret?

—En efecto… Y no pude equivocarme porque la vi yo mismo. Estaba apoyada en aquel árbol, medio de espaldas. Fue ella la que hizo la señal para que empezase el castigo.

James se mordió el labio inferior.

La verdad era que no podía creerlo. Había visto en los ojos de Margaret, cuando habló con ella, una luz lejana y temible, pero le había parecido incapaz de una cosa tan cruel y además tan absurda. Sin embargo, ¿no había ella incendiado parte del rancho de Suzy? ¿No parecía dispuesta a seguir con la guerra que desató Biganian?

James sintió una especie de vértigo.

—¿Por qué ha podido hacer eso, muchacho? —preguntó.

—Dijo que así pagaba a los traidores.

—Pero tú no has cometido ninguna traición.

—Quizá se ha enterado de mi verdadera identidad, y cree que pienso arrebatarle el rancho por la violencia. ¡Pero en ese caso…!

—… En ese caso también debe haberse enterado de la mía, ¿no? —dijo James, terminando la frase.

—Eso es. Y creo que corres peligro.

—No me importa.

—¿Qué… qué piensas hacer?

—No lo sé aún —dijo James pensativamente, acariciándose el mentón—. Por lo pronto dejarte en algún lugar donde puedas reponerte. Luego pensaré. No acabo de entender a esa mujer, y necesito reflexionar sobre todo esto.

Ayudó a Bendell a ponerse en pie.

—¿Adónde vas a llevarme?

—Te instalarás en el hotel de la ciudad. No creo que allí vaya nadie a molestarte. Mañana te verá médico y te aplicará algún ungüento; ahora sería inútil. Vas a sufrir mucho, Bendell, y tendrás que pasar un par de días con la espalda al aire, pero no te dejaras la vida en esto. Tú eres fuerte y te repondrás.

—Me siento tan derrotado como… como si me hubieran arrancado partes del cuerpo… a golpes de tenaza.

—Intenta pensar que esto te ha convertido de verdad en un hombre. No hubiese sobrevivido cualquiera a esta brutal paliza. Creo que puedes estar orgulloso ti mismo.

—Intentas animarme.
—No, no… Estoy diciendo la verdad.
Se aproximó a su caballo y montó él en primer lugar, ayudando luego a Bendell.
—Ve detrás. Así nada te rozará la espalda.
Los dos emprendieron el camino hacia la población, al paso de la montura, No penetraron por calle principal, para no llamar la atención, sino que avanzaron por la parte trasera de los edificios. Una puerta que servía de entrada al almacén del hotel les sirvió para penetrar en el mismo.
James encargó una habitación para Bendell y otra contigua para él. El capataz guardó silencio, pero mientras ascendían por las escaleras preguntó cuchicheante.
—¿También te quedas tú?
—Efectivamente. No lograría nada volviendo al rancho, y además necesito que no te den una sorpresa.
—Te lo agradezco… Te lo agradezco de verdad.
James no hizo más comentarios. Una vez instalado Bendell en la habitación, él salió en busca del médico para pedirle que lo visitase a primera hora del día siguiente. Cuando ya regresaba, tuvo una sorpresa.
Un coche descubierto se detuvo ante él, y desde el pescante le miraron dos ojos inquietantes, posesivos, donde aleteaba una chispita de pasión que él no acertó a descifrar.
James miró rectamente a la mujer.
Era Suzy, la dueña del rancho que había sido incendiado parcialmente.
No iba nadie más que ella en el carruaje, y sostenía las riendas con mano firme.
—Hola, James —dijo—. ¿Adónde vas?
—Veo que recuerdas mi nombre.
—Yo no olvido a los que me interesan.
Los dientes suaves y fuertes de James se mostraron en una suave sonrisa que pareció cambiar su rostro moreno, de ángulos duros y firmes.
—No me digas que vas a invitarme a dar un paseo y que me seducirás por el camino, nena.
—Exacto. Te invito a dar un paseo.

James subió al pescante, hizo apartar a la muchacha y tomó las riendas.

—¿Sales a pasear a menudo? —preguntó, mientras el caballo, un nervioso trotón, enfilaba la recta de la calle principal.

—Es el único lujo que me puedo permitir. Andar me resulta muy difícil. En cambio, cuando consigo subir a este carruaje y lo conduzco a toda velocidad por la llanura, me siento la dueña del mundo.

—¿No tienes esperanzas de que se cure pronto esa lesión?

—Sí, pero todo irá muy lentamente, Mientras tanto solo soy una mujer casi inútil; una mujer que sirve para muy pocas cosas. Estaban ya fuera de la población y rodaban por la gran llanura solitaria. Ella repitió en voz bajísima:

—… Muy pocas cosas…

La voz de James fue más baja aún. Fue un débil susurro que, sin embargo, llegó hasta el fondo de mujer, haciéndola vibrar.

—¿Por ejemplo…?

Ella susurró:

—Besar…

James había dejado las riendas, y el animal que tiraba del carruaje detuvo su galope como si adivinara la intención de sus dueños.

Suzy había quedado quieta. Esperaba con los labios entreabiertos y la respiración anhelante. Suzy murmuró apenas:

—¿Y tú…?

—Yo sólo soy un aprendiz.

Sus bocas se unieron, sus respiraciones fueron sólo una durante un largo y al mismo tiempo insignificante minuto. Sus manos se trenzaron en un extraño contacto crispado.

Fue ella la que se retiró. Respiraba ansiosamente.

—Vaya aprendiz —dijo por todo comentario.

—Pues tú también has aprovechado las lecciones.

Añadió roncamente:

—Porque a ti te han dado ya lecciones, Suzy.

—¿Me lo reprochas?

James se encogió suavemente de hombros.

—¿Qué derecho tengo yo a meterme en tu vida?

—A partir de ahora estarás en ella, James.

Éste tomó las riendas de nuevo. El carruaje volvió a emprender la marcha otra vez.

—No soy un tipo que te convenga, Suzy.

—Eso no me importa. Yo nunca selecciono a los hombres por lo que son, sino por lo que a mí me parecen. ¿No notaste cómo te miraba la primera vez que nos vimos?

—Cualquier hombre lo hubiera notado.

Suzy tomó una de las manos con que él sujetaba las riendas, acariciándola. Luego dijo simplemente, sin rodeos:

—Necesito un pistolero en mi rancho. Necesito protección. Voy a contratarte, James. Su voz era cálida, pastosa; temblaba de pasión oculta.

—No voy a aceptar ningún nuevo empleo, por el momento, muchacha.

—¿Por qué?

—Tengo antes un asunto que resolver. Un asunto de los que sólo se arreglan con plomo.

—¿Y has de hacerlo en Rancho 7?

—Sí.

La presión de la mano de la mujer sobre las de James se hizo más insistente, más cálida.

—Prométeme que al menos lo pensarás.

—Será el plomo quien diga la última palabra, muchacha. Después de oír al plomo, tal vez yo piense en mí mismo.

Hizo girar al caballo casi insensiblemente, hasta que tomó el camino de regreso a la ciudad.

Suzy no dijo una palabra más, pero se la notaba ansiosa y confusa, palpitante, al captar la proximidad y la dureza del cuerpo del hombre.

Sólo al entrar en la población susurró:

—¿Cuántos años tienes, James?

—Veintiocho.

¿Y ése joven que siempre te acompaña?

—Es el capataz del Rancho 7. Tiene veintidós o veintitrés.

—Pues da la sensación de que tú le diriges, de que no tiene voluntad propia.

—Te equivocas —susurró James—. Será una gran figura en todos los sentidos, cuando se decida a luchar.

Una vez en la calle principal de muevo, se apeó tras estrechar brevemente la mano de Suzy.

—Gracias por la lección —dijo.

—Pues es sólo la primera —susurró ella—. Recuérdalo.

James, sin contestar, penetró en el hotel y dio un vistazo a Bendell. Éste dormía tendido de bruces en el lecho, aunque de vez en cuando gemía entrecortadamente. Lo dejó descansar.

Y transcurrieron dos días…

CAPÍTULO XII

James no había vuelto a Rancho 7 porque necesitaba cuidar a Bendell, quien estaba pasando por unas horas muy críticas, pero al propio tiempo se reponía con sorprendente rapidez. Al mismo tiempo, no deseaba ver a Margaret. Necesitaba pensar, pensar mucho sobre aquella extraña e inquietante mujer.

¿Era ella capaz de incendiar un rancho sólo por ambición o por despecho? ¿Y de destrozar a latigazos a un hombre por sospechar que la había traicionado? ¿Intentaría tal vez algo contra Rancho 9, donde no vivía más que una modesta familia con niños pequeños?

¿Sería capaz? No, James no podía creerlo. Algo le decía que no era posible y, sin embargo, las evidencias hablaban por sí solas. Daba vueltas y vueltas en su cabeza a aquella idea. Se atormentaba pensando cómo una mujer podía alimentar un odio tan negro.

Pero al cabo de dos días, y cuando ya Bendell se encontraba mejor, se sintió más tranquilo. Y se dijo que quizá Bendell había sufrido una alucinación, creyendo ver una mujer cuando en realidad ésta no existía.

Sin embargo, después de aquellos dos días se precipitaron las cosas.

Al salir del hotel, vio al *sheriff* que montaba presurosamente en su caballo, amarrado junto a un saloon. El representante de la ley sudaba copiosamente, pero no era de calor, era de angustia.

James se encaró con él.

—¿Qué ocurre, *sheriff*? Le veo muy excitado. ¿Es que han asesinado a media población?

—Algo semejante.

—¿Pues qué sucede?

—Lo que no podía ni imaginar. Esa mujer, Margaret, ha llegado

demasiado lejos.

James sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—¿Demasiado lejos? ¿En qué sentido?

—Ha provocado una estampida en Rancho 9. Mucha gente la ha visto. Y uno de los hijos del ranchero ha muerto aplastado bajo las pezuñas de las reses.

CAPÍTULO XIII

—Parece como si anunciara usted la mala suerte, *sheriff* —dijo James, m s echaba una ojeada al lugar donde tenía su caballo—. Cada vez que le veo, es porque ha ocurrido algún desastre.

Pero en realidad, James no tenía ganas de bromas ni de comentarios. Simplemente había entretenido al *sheriff* para que éste no se alejase demasiado mientras él corría en busca de su caballo.

Montó rápidamente mientras el representante de la ley emprendía un rabioso galope. James le siguió. Le interesaba llegar a tiempo para tener una idea exacta de la situación. Sabía que al *sheriff* no iban a ocultarle nada en cuanto apareciese por Rancho 9.

Llegaron allí muy poco después, puesto que el galope resultó verdaderamente frenético.

Rancho 9, como ya se había acostumbrado a llamarlo James, era verdaderamente pobre. Las tierras resultaban excelentes y hubieran sido productivas, sin duda, caso de haber podido ser explotadas racionalmente. Pero los dueños eran, al parecer, una familia que no contaba con la ayuda de ningún peón, y en la que sólo podían trabajar el padre y el hijo mayor, ya que los demás eran casi unos niños. No resultaba extraño, pues, que las cosas hubieran marchado mal hasta entonces.

Y ahora irían muchísimo peor. Porque el que yacía muerto cerca de los barracones era precisamente el hijo mayor, un muchacho que apenas debía haber cumplido los veinte años.

James fue tras el *sheriff*, y vio que éste se quitaba el sombrero.

Él hizo lo mismo, aunque maquinalmente, sin darse cuenta. Ni siquiera parecía dueño de su voluntad. La escena era tan patética, tan desgarradora, que James se quedó mirándola como un muñeco desarticulado, carente de movimientos.

Supo que jamás olvidaría aquello. Que toda su vida recordaría la madre llorando, el padre queriendo mantenerse firme, aunque destrozado por el dolor, y los hermanos pequeños arrodillados junto al muerto.

Éste era casi irreconocible, pues las pezuñas de centenares de reses habían pasado sobre su cuerpo, pero aún se adivinaba que poco antes debió ser un joven atlético, sano y en lo mejor de su edad.

La mano derecha de James temblaba tanto, que hasta su sombrero se cayó al suelo. No se daba cuenta de lo que le ocurría.

También el *sheriff* temblaba. También al hombre de la estrella le era difícil mantenerse sereno.

Descendió pesadamente del caballo y preguntó:

—¿Cómo ha sido?

Fue el padre quien respondió. Le costaba hablar, pero era el único que aún tenía capacidad para hacerlo.

—Se produjo… una estampida.

—¿Cómo?

—Nosotros tenemos unas ciento cincuenta cabezas. Estaban… allí.

Señaló una zona donde las vallas arrancadas de cuajo indicaban el ímpetu feroz de las reses desatadas. La marcha de éstas era fácil distinguirla a través del profundo y ancho surco dejado en la tierra, como si por ella hubiese pasado un arado monstruoso. Aquel surco se alejaba del rancho, hasta que pasado su momento de terror, habían vuelto a congregarse pacíficamente.

James imaginó todo lo sucedido tan claramente como si lo estuviera viendo en estos momentos.

—¿Cómo estaba ahí su hijo? —preguntó suavemente.

—Mi hijo tenía una pierna lesionada… Andaba mal. Cayó del caballo y… Bueno, mañana hubiera tenido que verle el médico. Al pobre muchacho le… le era imposible correr.

Un pensamiento llegó a la mente de James. Una idea tan monstruosa que en el primer momento se negó incluso a darle crédito.

Sin embargo, tenía que seguir, tenía que preguntar… Allí palpitaba algo horrible, pero precisamente por ello tenía que llegar cuanto antes hasta el fin.

—¿Quiere decir que tal vez provocaron la estampida desde tan corta distancia para que su hijo fuese arrollado?

El hombre contestó sin vacilar, mientras las lágrimas rodaban ahora por sus mejillas:

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo mismo lo vi. Las reses estaban pacíficamente allí, junto a aquellos vallados. No hay mucha distancia.

—¿Entonces vería también a la persona que provocó la estampida?

—Sí.

La desconcertante seguridad del hombre no dejaba lugar a dudas. Se expresaba de tal modo que James sintió un escalofrío.

Hubiera querido no preguntarlo, hubiera deseado no conocer la monstruosa verdad, pero no tuvo más remedio que dejar que las palabras surgieran de sus labios.

—¿Quién era?

—Era ella, la dueña de Rancho 7.

Los labios de James temblaron.

¿Cómo lo sabe?

—La vi.

—Usted no la conoce. No la ha visto nadie aún en la ciudad.

—Pero sí que conocemos su carruaje, y ella estaba dentro. Se acercó tanto que incluso corrió peligro para hacer lo que hizo. De pronto lanzó un cartucho encendido en medio de las reses, y al estallar se produjo la estampida. Los animales tenían que seguir forzosamente este camino… Era el que empleaban normalmente para ir a pastar… Formaba ya como una senda, por la que siguieron inevitablemente.

—¿Vio esa persona que su hijo estaba en el centro de la senda y que iba a morir?

—¡Claro que lo vio! ¡Tuvo que provocar la estampida por eso! Los labios de James volvieron a formar en su cara una línea recta, pero ahora fue una recta dura y cruel.

Giró hacia el *sheriff*.

—¿A qué espera para detener a esa mujer?

El *sheriff* vaciló. En el primer momento incluso pareció tambalearse.

Debía horrorizarle la idea de enfrentarse a una mujer que sin duda llegaría a dominar la comarca, y de la que, si no andaba con mucho cuidado, dependería su porvenir como autoridad.

—Bueno… —dijo—, yo… ¡Yo aún no estoy seguro!

—¿Qué más necesita?

—Pues… ¡Pues, por ejemplo, necesito saber si antes Margaret les había hecho una oferta para comprarles el rancho!

—No nos había hecho ninguna.

—¿Lo ve? —preguntó el *sheriff*—. ¿Qué interés podía tener ella en cometer esta salvajada?

—El de crear un clima de terror para que luego no se discutieran sus deseos —dijo secamente James.

—Eso está por probar.

Los labios de James se apretaron aún más, hasta desaparecer casi.

—¿Va a detener a Margaret o no, *sheriff*?

—No lo sé… No puedo tomar una decisión tan precipitada. Déjame pensar al menos unas horas.

—De acuerdo, entonces lo haré yo —gruñó James—. Yo me encargaré de sacarle lo que haya de verdad en todo esto.

Dio media vuelta y montó a caballo, sin acordarse de recoger el sombrero. Mientras galopaba hacia Rancho 7, aún llevaba impresa en la retina la patética estampa del muchacho muerto y de sus hermanos llorando de rodillas en el suelo.

El odio era tan grande, tan intenso, que no le permitía ni pensar.

* * *

No obstante, antes de llegar al rancho, tuvo una idea y cambió de rumbo, encaminándose a la población.

Antes de hacer algo que podía ser irremediable, necesitaba hablar con Bendell. No quería dar el paso decisivo sin contar, al menos, con su opinión.

Bendell estaba ya levantado, y había mejorado mucho, aunque siguiera sintiendo dolores en la espalda.

Cuando vio la cara tan especial que traía James, sus hombros sufrieron una sacudida.

—¿Qué… qué te ocurre?

—Margaret está cometiendo demasiados crímenes ya. Ha

colmado mi paciencia. Cree que, porque la destrozaron a latigazos cuando era una chiquilla, tiene derecho a odiar a todo el mundo, a destrozar y a matar. Ha llegado tan lejos que yo mismo voy a convertirme en juez y en verdugo, ya que el *sheriff* tiene miedo de hacer algo contra ella. Pero antes quiero darte una oportunidad, Bendell. ¿Tú la amas?

Lo directo de la pregunta sorprendió a Bendell, cuyos labios temblaron un momento.

—¿Yo? Bueno… Es una mujer que gustaría a cualquiera.

—Ésa no es respuesta. ¿La quieres?

—Yo pienso… que sí.

—En ese caso, lo que pienso hacer te corresponde hacerlo a ti, Bendell. Ve y trata de comprenderla, trata de ver si en ella hay alguna disculpa, algo que yo no acierte a comprender ahora. Y, si hay algo que la justifique, cásate con ella. Átala corto y dale una oportunidad para vivir… antes de que mueva otro dedo y yo tenga que clavarle una bala entre las cejas.

La voz de James era tan dura y tan firme, tan cruel, incluso, que no cabía la menor duda de que estaba dispuesto a cumplir su palabra.

Bendell vaciló.

—¿Te das cuenta de que podrías equivocarte? ¿No has pensado que podrías ser injusto?

—Precisamente por ello quiero que seas tú el primero en hablar con ella. Tú no estás alimentado por mi odio. Tú quizá veas algo que en este momento yo soy incapaz de ver.

Bendell le miró fijamente.

Dijo con lentitud una frase que caló hasta el fondo de los nervios castigados de James:

—Tú también la quieres.

James parpadeó. Volvió a apretar los labios.

—No digas estupideces.

—Deseas matarla, pero en el fondo anhelas que se salve. Me ofreces esta posibilidad porque, en lo más secreto de ti mismo, algo te dice que así aún habrá remedio para ella.

—¡Cállate!

—No voy a ir, James.

—¡Te estoy ofreciendo la posibilidad de reparar la injusticia que

se cometió contigo! ¡Puedes convertirte en el dueño de Rancho 7, el dueño que debiste ser desde el primer momento!

—Es… es demasiado peligroso.

James apretó los puños.

—¡Pero un hombre, en esta tierra, es un luchador o no es nada, muchacho! ¡Lo que sea tienes que arreglarlo tú! ¡Aunque ella sea ajusticiada, tú debes hacer valer tus derechos! ¡El rancho debe ser tuyo!

—Tú eres hermano de Biganian.

—¡A mí no me importa nada! ¡Yo no soy más que un aventurero! ¡Yo no quiero el rancho ni podré estar jamás quieto en un mismo sitio! ¡En cambio tú, sí! ¡Si tú llegas a ser el dueño de Rancho 7, habrá una larga época de paz y de justicia en la comarca!

Se veía indeciso a Bendell. Se notaba que aquella situación era más fuerte que él.

—No… no sé si…

James seguía apretando los puños.

—*¡Levántate y lucha!*

—Tú no lo comprendes. No deseo enfrentarme a esta situación.

—Ni yo deseo matar a esa mujer sin que tú hagas algo, muchacho. Quiero que ese rancho sea tuyo, no que aquí se desaten las guerras más crueles para apoderarse de él.

—Pero eso es ir en contra de tus intereses.

James rió amargamente.

—Un aventurero no tiene intereses, muchacho. Lo único que éste quiere es vivir cada día a su antojo, y yo pertenezco a esa extraña raza de hombres. Pero, aunque fuese al contrario, tú tienes más derechos que yo.

—Estoy descubriendo que, bajo tu aspecto de fiera, eres sentimental, James.

—Yo no soy nada, excepto un hombre que quiere imponer justicia. Y, como sé que la justicia se administra con plomo, no quiero empezar a repartirla antes de que tú lo sepas. Ve a ver a esa mujer y trata de saber si aún hay disculpa para ella. Enfréntate a los hombres que la protegen, si es necesario, Actúa con la fiereza con que es necesario obrar en esta tierra. ¡Levántate y lucha!

Bendell se dejó caer sobre una silla, abrumado, y se llevó una mano a la frente.

Ahora más que nunca se notaba que era un niño, un niño bueno que en el fondo aún estaba lleno de impotencia y de terror.

James se dio cuenta de que nunca lucharía.

Volvió lentamente la espalda.

* * *

Cuando estaba ya de nuevo montado en su caballo, dispuesto a galopar, un carruaje se detuvo junto a él. Era el carruaje que ya conocía, descubierto y con un solo caballo. Suzy lo montaba, como la otra vez.

—James… —dijo con voz pastosa—. James…

Él la miró fijamente, casi con dolorosa fijeza. Era una mujer hermosa, apasionada y vibrante. Una mujer que podía convertir a un hombre en un ángel o en un demonio, sólo con el poder de sus labios.

Él susurró:

—¿Qué quieres, Suzy?

—Ya me he enterado de lo sucedido.

—Sí. Es… es horrible.

—Sé adónde vas.

—No se trata de ningún secreto. Voy a Rancho 7 imponer justicia. La clase de justicia que haga falta.

—Vas a correr muchos peligros, James.

—¿Y eso qué importa?

—Quiero decirte algo. En mi rancho tengo varios hombres.

—No necesito a nadie.

—Es que no sabe la gente de la ciudad lo que está ocurriendo, James. Esa mujer, Margaret, ha llegado ya demasiado lejos. Los ánimos están exaltados y son muchas las personas que quieren arrasar el rancho. No tendría nada de extraño que ella se hubiese prevenido. Creo que hará fuego contra cualquier persona que llegue hasta allí.

—¿Y qué me propones?

—Únete a nosotros. Vamos a arrasar ese rancho hasta los cimientos. ¡Vamos a administrar a esa mujer la justicia que ella misma ha estado pidiendo!

James se mordió el labio inferior.

—Antes quiero hablar con ella.

—¡Te engañará!

—No es fácil que una mujer me engañe. Yo ya no me dejo impresionar por unos labios bien dibujados o por unas bonitas piernas, Suzy. Si es cierto que ella ha provocado esa estampida, la mataré con mis propias manos.

Había tanta fiereza en los ojos de James, que ella susurró:

—Te creo.

—No hay motivo para lo contrario. Y ahora no quiero perder un minuto más. Voy a Rancho 7.

—Pero antes recuerda una cosa, James. Si necesitas ayuda, yo te la proporcionaré. No quiero que mueras… Yo tengo hombres que harán lo que les mande. ¡No tienes más que levantar una mano y todos acudirán en tu ayuda, James!

Él asintió con un suave gesto de cabeza.

—Lo recordaré, Suzy… Lo recordaré.

Clavó espuelas y partió al galope hacia Rancho 7.

Mientras galopaba con la velocidad del rayo, no podía evitar que su derecha fuese hacia el revólver como un presentimiento.

CAPÍTULO XIV

Cuando llegó a los edificios principales de Rancho 7, vio que estaba de guardia el mismo tipo del rifle a quien atizara días antes.

El hombre del rifle no tuvo contemplaciones esta vez. Levantó su arma y fue a disparar, pero había reconocido a James cuando éste ya se hallaba demasiado cerca.

James era maestro en el empleo del revólver a corta distancia. Disparó contra la, caja del rifle y la hizo saltar en dos pedazos, produciendo sólo ligeros rasguños en el brazo derecho de su enemigo.

Éste soltó el arma y se le quedó mirando atónito, con la boca abierta, mientras Biganian descabalgaba ante él.

Lentamente, James avanzó dos pasos.

—¿Qué, amigo? ¿Me dejas pasar sin más cuentos o prefieres que repitamos la sesión del otro día?

El guardián se acarició la mandíbula.

—Diablos, el médico me ha dicho que no podré: volver a masticar bien en tres meses.

—Lo celebro, porque así quedo disculpado de invitarte a comer. Hala, apártate muchacho.

El otro así lo hizo.

Más allá de la puerta, surgió otro individuo que aún no había probado los puños de James.

Sin tiempo para sacar el revólver, pues casi había chocado el uno con el otro, se lanzó contra James mientras movía los brazos en forma de molinete.

Éste detuvo el primer golpe, encajó el segundo sin pestañear y esquivó el tercero con una finta.

Después de recibir, pasó a dar. Atacó.

Su derecha se movió de abajo arriba, encajándose en la mandíbula de su adversario. Éste no cayó en el primer momento, lo cual fue mucho peor para él. La izquierda de James le cazó en un golpe cruzado que lo envió al otro lado de la habitación, hecho un pelele.

Ninguno de los dos tocó el revólver. Ya había bastante con lo sucedido con los puños.

Como el sombrero de su enemigo había caído al suelo, James lo recogió y se lo puso sobre la cabeza, despaciosamente.

Obraba con la suavidad, con la lentitud y al mismo tiempo con la fuerza implacable de una máquina bien engrasada.

Mientras subía las escaleras en dirección al dormitorio de Margaret, su boca seguía contraída con la misma mueca dura, cruel, que parecía ser su distintivo desde unas horas antes.

Empujó la puerta.

Margaret estaba allí.

Estaba quieta, mirándole, envuelta en un vestido negro que realzaba aún más su rotunda hermosura. Rodeada del extraño perfume que parecía desprenderse de su piel. Envuelta en el misterio obsesionante que había ido tejiendo su historia.

En su mano derecha brillaba un revólver.

James lo ignoró.

Fue hacia la mujer en línea recta, movió la mano derecha y le propinó dos secas bofetadas.

Margaret cayó sobre el lecho, sin lanzar un gemido, pero con los labios bañados en sangre.

La mano de James también se manchó.

Fue como si aquella sangre le hubiera quemado la piel; como si una sacudida terrible le hubiera revulsionado todos sus músculos. De pronto James sintió que sus fuerzas le abandonaban, que llegaban a temblarle las rodillas.

Era la primera vez que pegaba a una mujer.

La primera vez que castigaba a un ser que ni tan sólo acertaba a quejarse, que le miraba desde el lecho con sus ojos serenos y sus labios manchados de sangre.

James intentó recordar al muchacho muerto por la estampida. Intentó recordar eso y nada más.

Quiso que su furor le cegara como le había enloquecido hasta

entonces.

—¡Maldita! —barbotó—. ¡Maldita!

Hubiera querido mostrarse como una fiera rabiosa, como una bestia sedienta de ansias de venganza. Hubiera querido matar a aquella mujer sin pensarlo, sin darse casi cuenta de lo que hacía, como se aplasta a un escorpión en un camino pedregoso.

Pero no podía. ¡No podía!

Algo más fuerte que él detuvo su mano en el último instante, cuando iba a asestar a la nuca de la muchacha un nuevo golpe que podía resultar fatal. Lo curioso fue que ella no se movió. Que no pestañeó tan siquiera.

Sus labios se desplegaron apenas para decir:

—¿Por qué?

—Tú has provocado una estampida en lo que ya te atreves a llamar Rancho 9. ¡Una estampida que ha costado una víctima inocente! ¡La vida de un hombre que valía cien veces más que tú!

Los labios de la mujer temblaron un instante.

—¿Una estampida? —susurró.

—¿Es que necesitas que te lo recuerde?

—Yo no… —empezó a decir ella.

James no pudo contenerse más.

Era capaz de perdonar al granuja que confiesa su delito o al menos no lo oculta, pero odiaba a muerte a los hipócritas y a los falsarios. Era capaz de admirar a un león, pero no de perdonar a una serpiente.

Sus manos fueron en busca de la mujer y la sujetó por el vestido. Hizo el mismo gesto que hubiera empleado para sujetar a un hombre por las solapas, y no se dio cuenta de que desgarraba el vestido de arriba abajo. La carne palpitante de la mujer apareció entre la tela, pero él no la vio.

Estaba ciego, se sentía dominado por una rabia más fuerte que su propia vida.

Zarandeó a la mujer, mientras sus labios pronunciaban una sola y obsesionante palabra:

—¡Maldita! ¡Maldita! ¡Maldita!

El rostro de la mujer chocó contra el suyo, los labios de Margaret chocaron contra sus labios.

James tuvo un estremecimiento.

El afán de destruir a la mujer se hizo más obsesionante, más angustioso, y al mismo tiempo sentía, sin embargo, que un deseo dulce, al que no quería dar nombre, se apoderaba de él.

Sus dedos engarfiados buscaron el cuello de Margaret.

Sus músculos poderosos doblegaron el cuerpo de ella, que no oponía resistencia, que se dejaba dominar entre sus brazos como una cosa dulce, desmadejada y blanda.

James sintió que iba a matarla, sintió que la destrozaría entre sus manos potentes.

Y de repente, sin saber cómo, se encontró besándola como un loco, devorando materialmente su boca, estrechándola entre sus brazos como si fuese a hacerla suya, como si temiera perderla para siempre.

Margaret gimió. No hubiera podido decirse si el suyo era un gemido de dolor, de placer o de miedo.

Pero era un gemido palpitante, algo que la llenaba de vida, que convertía aquel momento único en algo imposible de olvidar.

La muchacha colgaba desmadejada de los brazos de James, quien captaba en sus ojos la mirada dulce y profunda de Margaret.

Ésta susurró:

—Déjame… Déjame…

Ahora —cosa extraña—, tenía miedo. No había sentido temor ante los puños de James y en cambio la asustaban sus labios.

—Déjame…

James se apoyó en la pared. Bruscamente se sentía sin fuerzas.
—¿Fuiste tú la que provocó esa estampida?— musitó, al cabo de unos instantes de silencio.

—Sé que no tienes obligación de creerme, pero no fui yo.

—¿Fuiste tú quien hizo golpear salvajemente a Bendell?

—Digo lo mismo: sé que no puedes creerme, pero tampoco lo hice yo.

—En ambos casos te vieron. Ibas en tu carruaje cubierto, el mismo que usaste para llegar aquí.

—¿Fui vista… por quién?

—Una vez por Bendell, la otra por los habitantes del rancho.

—¡No es posible!

—En ambos casos lo he confirmado —musitó James con voz ronca.

—¿Me vieron con perfecta claridad?

James entornó los párpados un instante, como si dudara.

—No —dijo—, no te vieron claramente, pero es igual. Tu vestido y tu carruaje te delataban a distancia.

—Mi carruaje ha sido robado —murmuró ella roncamente.

—¿Qué… qué dices?

—Uno de mis vestidos ha sido robado también.

—¿Qué día fue eso?

—El siguiente al de mi llegada.

—¡Mientes!

Pero, aunque James gritó aquella palabra, no tenía en realidad pruebas de que ella hubiera mentido. En realidad solamente había querido intimidarla.

Sin embargo, ella reaccionó con absoluta serenidad. O decía la verdad o se sentía muy segura de sí misma.

—Puedes comprobar que el carruaje no está en el departamento anexo a las cuadras ni en ninguna otra parte. Te dejo registrar todo el rancho, si te parece bien.

—¿Dónde está entonces?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? En algún sitio donde yo no pueda encontrarlo.

—¿Pretendes que crea eso?

—No quiero nada. Además he de decirte otra cosa.

—¿Qué?

—Sé quién es Bendell.

—¿Qué sabes exactamente?

—Él es un hijo de Biganian, un hijo al que éste nunca reconoció.

James quedó desarmado. Ella no sólo era hermosísima sino que demostraba una sangre fría y unos conocimientos que estaban dando vuelta a la situación. Aquella última noticia, sobre todo, le desconcertaba.

—¿Cómo lo supiste? —balbució.

—No soy tan niña. Antes de venir al rancho me informé de todo.

—¿Y qué… qué piensas hacer?

Margaret dijo suavemente.

—Sólo hay una posición justa.

—¿Cuál?

—Casarme con él.

* * *

James quedó unos momentos en silencio.

Bruscamente notó algo que no había esperado sentir. La noticia de que Margaret iba a casarse con otro le sacaba de quicio, le llenaba de desolación. Le hacía incluso odiar al otro, por muy repugnante que aquel sentimiento resultara.

Tuvo que hacer un violento esfuerzo para pronunciar una sola frase.

—¿Te casarías con Bendell?

—Sí.

—¿Por qué?

—No será porque le quiero, naturalmente. No hemos tenido apenas tiempo de conocernos, y además creo haberte dicho que, desde mi niñez, desprecio a los hombres.

—Entonces…

—Es la única solución justa. Después de mi infancia miserable, no quiero ser pobre otra vez, no quiero volver a padecer lo que sufrí. Por tanto, no renunciaré a Rancho 7. Pero Bendell tiene más derecho que yo, y la única forma de armonizar estos intereses es el matrimonio. Comprendo que el corazón no interviene en ello, sino sólo el cerebro, y comprendo también que estas situaciones están siempre rodeadas de una gran tristeza. Pero no puedo luchar contra el destino; no quiero tampoco dejar a Bendell sin nada de lo que pudo haber sido suyo.

James asintió de un modo maquinal.

Aquélla era, en efecto, la fórmula perfecta. Él mismo, después de conocer a Bendell, había pensado que era precisamente aquello lo que convenía hacer. Y sin embargo, ahora, cuando Margaret decía que iba a casarse con Bendell, un sordo y cruel sentimiento de rebelión anidaba en él. No podía consentir que aquella mujer perteneciese a otro. ¡Ahora se daba cuenta de que la amaba más que a su propia vida!

Pero no podía hacer nada, No era capaz de luchar contra Bendell. No hubiera sido honrado, ni noble, ni justo.

Hundió la cabeza.

—Comprenderás que, si pensaba casarme con él, no iba a querer matar a Bendell —dijo ella suavemente.

—En apariencia lo que dices es lógico, Margaret, pero… no

puedo comprender nada aún. Sólo sé que en este momento, y de un modo inexplicable… ¡desearía morir!

Ella dio un paso hacia él. Sus labios palpitaban.

—James…

Pero éste ya había dado media vuelta. James huía por primera vez en su vida, se negaba a luchar. Y por primera vez desde que tenía uso de razón, dejaba a otro hombre el campo libre. Porque él no lucharía contra alguien que, en cierto modo, era carne de su carne.

No lucharía más.

CAPÍTULO XV

Sin darse cuenta montó en su caballo y emprendió el trote en la dirección que el mismo animal quiso llevar. James no se molestó para nada ni tensó las riendas una sola vez. Estaba tan sumido en sus pensamientos que no se daba exacta cuenta de lo que hacía.

Pareció salir del ensimismamiento cuando notó que el caballo se detenía en un pequeño montículo.

¿Dónde estaba? ¿Cuánto tiempo había transcurrido?

Notó que su caballo se había detenido en aquel montículo porque la hierba era fresca y jugosa. Sencillamente, como su amo no le dirigía, él hacía lo que le parecía más cómodo.

James miró frente a sí. Con cierta sorpresa vio que estaba en las inmediaciones de Rancho 9, donde uno de los hijos del dueño había muerto a causa de la estampida.

Las reses estaban allí cerca, pastando pacíficamente, y todo volvía a dar una intensa sensación de paz. Pero James sabía que esta idea era engañosa, que allí palpitaba la tragedia.

Volvió la cabeza al oír rumor de voces. Arqueó una ceja, lo que en él indicaba preocupación y un poco de asombro.

Un grupo compuesto por doce personas se acercaba a él. Eran once hombres y una mujer, aunque ella vestía como un vaquero más. Se distinguía su sexo porque montaba de costado, no como lo hubiera hecho normalmente un hombre.

Cuando estaban más cerca de él, reconoció James a la mujer: se trataba de Suzy.

Extrañado, se acercó a ellos, Todos llevaban armas, y su actitud era la de un grupo que se prepara para un ataque.

—¿Qué ocurre? —Gruñó.

Todos se detuvieron, mirándole en actitud recelosa.

Fue Suzy la que gritó:

—¿Y aún lo preguntas?

—¿Es que tengo yo algo que ver con esto?

—¡Tú eres uno de los que trabajan para ella! ¡Tú eres uno de sus hombres de confianza!

James movió la cabeza suavemente, negando.

—En cierto modo soy uno de sus hombres, pero no hay entre ella y yo ninguna clase de confianza. ¿Qué ocurre?

—¡Vamos a arrasar su rancho! —gritó Suzy, arrastrando las palabras—. ¡Ha llegado demasiado lejos!

—¿Te refieres al intento de incendio de tu rancho, Suzy? ¿O a la muerte de ese joven pisoteado por las reses?

—¿Te parece poco? ¿O es que aún quieres algo más?

James apretó los labios.

Comprendía que aquellos hombres, capitaneados por Suzy, iban a cometer una solemne insensatez. No sólo no podían estar absolutamente seguros de la culpabilidad de Margaret, sino que ésta se vería obligada a defenderse ante un ataque en regla. Correría la sangre, y la negra estela de crímenes que pesaba sobre la comarca no haría sino aumentar.

Necesitaba ganar tiempo, ganarlo como fuese mientras pensaba algo. Por eso murmuró:

—¿Sabéis cuántos hombres tiene Margaret en su rancho?

—No demasiados. Los venceremos fácilmente.

—Han llegado otros durante la pasada noche. Va a haber una carnicería si os acercáis allí.

—¡Eso es una bravata! —gritó Suzy—. ¡Una burda y sucia patraña!

—La mitad de vosotros os convenceréis de vuestro error cuando ya estéis muertos.

—¡Repito que es una patraña!

Pero ahora Suzy ya no se dirigía a él, sino a los hombres que la acompañaban, y en los cuales había notado un casi imperceptible signo de vacilación.

James insistió:

—No quiero que se derrame sangre. Lo mejor que podéis hacer es presentaros en Rancho 7 siendo una fuerza realmente abrumadora. Sólo en ese caso los hombres que protegen a Margaret

se entregarán sin luchar.

—¡Lo que tú quieres es ganar tiempo para que ella huya!

—¡Nosotros representamos a la justicia! —gritó uno de los hombres—. ¡Tenemos razón y estamos decididos a imponerla!

—¿Y cómo vais a hacerlo? ¿Empleando media docena de rifles contra cincuenta? Además habéis dicho que yo pretendo ganar tiempo para que ella huya. ¿Por dónde va a huir? ¿No pasa por la ciudad el único camino practicable?

La vacilación se hizo más patente en los hombres que acompañaban a Suzy. Ésta los miró uno a uno.

—Él es parte interesada —gritó señalando a James—. ¿Vais a creer lo que dice?

El mismo James vacilaba. Se preguntaba en su interior si tenía derecho a cortar el paso a Suzy, aquella mujer que, al fin y al cabo, representaba el ansia de justicia de todos los habitantes del lugar. Por un momento estuvo a punto de permitirles continuar para que arrasaran el rancho.

Pero fue uno de los hombres el que resolvió la situación.

—Vamos a volver —dijo—. Habrá muchos más voluntarios en la ciudad para arrasar el rancho de esa maldita arpía. ¡Reuniremos cincuenta hombres y nadie se atreverá entonces a oponer resistencia!

Todos volvieron grupas. Antes de hacerlo, Suzy dirigió a James una extraña e indescifrable sonrisa.

—Te has equivocado… —dijo en voz baja—. Te has equivocado y lo siento, porque eres uno de los hombres que más me han gustado en mi vida. Pero tú morirás también junto a esa perra. —Lanzó una seca carcajada—. Es posible que, cuando vea tu cadáver, llore, pero pensaré que tú lo has querido.

Fue a volver grupas también. James pidió:

—Escucha, Suzy… Puedes estar equivocada… ¡Yo no soy más que un cochino pistolero, pero por eso mismo sé que hay que estar seguro antes de derramar torrentes de sangre…!

—¡Tardaremos media hora en reunir cincuenta hombres, James! ¡Reza mientras tanto!

Picó espuelas salvajemente con la única pierna que tenía sana, y el caballo se encabritó antes de emprender una violenta galopada en pos de los que ya regresaban a la ciudad.

Durante unos segundos James quedó como si fuera su propia estatua. Quieto, petrificado, sin saber qué actitud adoptar. Luego una idea sutil, pero condenada; una idea a la que no quería dar nombre, se fue apoderando de él.

* * *

James picó suavemente espuelas y se encaminó hacia el rancho de Suzy.

Sabía que allí no habría apenas vigilancia, porque la mayor parte de los hombres que formaban el equipo de la muchacha estaban en el grupo que acababa de regresar a la ciudad en busca de refuerzos. De todos modos, eso importaba poco; no vendría de puñetazos más o menos.

Dio un rodeo, para presentarse en el rancho por el lugar menos visible, que era el correspondiente a los almacenes y las cuadras. Vio que el barracón semi destruido por el fuego aún estaba igual, y dejando el caballo pegado a una de las paredes, para que no resultara visible, penetró en el mayor de los almacenes, cuya puerta estaba solamente entornada.

Dentro imperaba la penumbra, pero se podía ver con claridad todos los objetos.

Y James abrió mucho la boca, con asombro, al ver allí algo que de ningún modo esperaba.

* * *

El carruaje de Margaret, el mismo que él había visto en la ciudad cuando se peleó con Bendell, estaba en el almacén.

En sus ruedas se apreciaban manchas de barro, señal evidente de que había estado rodando hasta no mucho antes.

De pronto James lo vio con una claridad tan cruda, tan brutal, que sintió como un choque físico entre los ojos. Incluso tuvo que cerrarlos un momento, como si estuviese aturdido.

Suzy era la que había robado el carruaje y probablemente uno de los vestidos de Margaret. Sin duda había sido ella la que ordenó dar la brutal paliza a Bendell, valiéndose además de algún traidor de Rancho 7, el cual también habría ayudado, seguramente, en el robo del carruaje. Recordó que Bendell la había visto de espaldas, y

que los dueños de Rancho 9 sólo habían llegado a distinguir una parte de su cuerpo asomando por una ventanilla del carruaje. Ahora lo comprendía todo. Se explicaba lo del intento de incendio.

Salió al exterior y miró el almacén semi destruido.

El carruaje incendiado pudo haber sido lanzado por los propios hombres de Suzy contra aquel barracón que no tenía gran valor y que además estaba situado muy cerca de la bomba de agua, lo que permitiría contener prontamente el fuego. ¿Pero todo aquello por qué? ¿Cuál era el diabólico plan que ella había ideado?

El suave «tlic» del cañón de un revólver, sonando a poca distancia, le hizo lanzarse a tierra con un velocísimo movimiento reflejo del que sólo un
gun-man
como él podía ser capaz.

La bala arrancó astillas a la madera, justo donde antes estuvo la cabeza. Girando velozmente sobre sí mismo mientras «sacaba», James hizo lo posible por esquivar la segunda bala.

Ésta llegó aullando y picoteó la tierra junto a su cuerpo. El hombre que había disparado, pasó saltando de la esquina de un barracón a la de otro. James hizo fuego, fallando a causa de su violenta postura. El otro respondió y le hizo saltar sangre de la mejilla, tan cerca de su cara había pasado el plomo.

James ya había reconocido a su adversario. Era un hombre que pertenecía al equipo de Rancho 9. Su presencia allí explicaba muchas cosas mejor que todas palabras.

Ahora dio otra violenta vuelta sobre sí mismo, pegándose a un ángulo del almacén. Desde uno de los tejados le dispararon con un rifle, y la bala arrancó astillas a la esquina de madera. James se vio acorralado.

Moviéndose con esa rapidez que sólo presta la desesperación, tiró cuatro veces hacia arriba, hacia el lugar donde veía confusamente la silueta del tejado, mientras movía el revólver en forma de abanico.

La silueta dio un extraño salto, se bamboleó al borde del tejado y acabó cayendo mientras se llevaba ambas manos al pecho, lanzando un ronco alarido.

El otro enemigo emergió de la esquina dispuesto a liquidar a James, ahora que éste no podía prestarle demasiada atención. Los

dos hombres se miraron durante fracciones de segundo, brillándoles los ojos salvajemente, prestos los dos al disparo.

James sólo tenía una bala. Si la fallaba estaba perdido. Las dos detonaciones rasgaron el aire casi simultáneamente, mientras ambos enemigos lanzaban un grito ronco. James agachó la cabeza en el mismo instante de disparar, y la bala, ligerísimamente mal dirigida, sólo le arrancó cabellos de la cabeza.

Su adversario se tambaleó, dio la sensación de que iba a disparar de nuevo, y terminó cayendo de bruces lentamente, muy lentamente, en un extraño suspense que hizo contener la respiración a James.

Éste se puso en pie poco a poco, al darse cuenta de que su enemigo ya no se movería nunca más.

Un silencio absoluto imperaba en todos los rincones del rancho, un silencio sólo roto por el mugido de las reses, que estaban muy cerca, y que, excitadas por el ruido de los disparos, amenazaban con romper las cercas.

James no podía perder tiempo. Entró en el edificio principal del rancho, mientras el mugido de las reses aumentaba. Buscó el dormitorio de Suzy.

Lo encontró fácilmente, porque era la mejor habitación de la casa. Toda ella estaba muy bien amueblada, pero James se dio cuenta de que adolecía de un importante fallo: sus paredes eran frágiles, y la habían situado demasiado cerca de los apartaderos de las reses. Precisamente aquel día estaban abarrotados, porque muy pronto había de salir una expedición hacia los grandes mercados de carne del Norte.

James no sabía exactamente lo que buscaba, pero un oscuro instinto parecía dirigir sus movimientos. Se dio cuenta de que aquella intuición no le había engañado cuando encontró un pequeño paquete de cartas atadas con una cinta. Abrió la primera de ellas y vio que se trataba de una carta de Biganian.

Una intensa palidez cubrió el rostro de James al leer las primeras líneas.

Era una apasionada carta de amor de Biganian a Suzy. Por lo que se desprendía de aquello, ambos habían tenido relaciones íntimas, a las que Suzy había accedido, pese a la diferencia de edad, pensando convertirse un día en la dueña de Rancho 7. Por lo que se

leía en aquella carta, y por lo que James vio en otras, abiertas apresuradamente, el zorro de Biganian le había dado palabra de matrimonio.

James soltó el paquete de cartas, atónito. Luego lo volvió a recoger y lo guardó en uno de sus bolsillos, porque constituía una prueba. La prueba más flagrante de la culpabilidad de Suzy, junto con la presencia allí del carruaje y de uno de los hombres de Rancho 7.

Pensaba en el odio de Suzy hacia la mujer que, según ella, se lo había arrebatado todo. Imaginaba el diabólico plan para hacerla odiosa a los ojos de toda la comarca, lograr que la linchasen y apoderarse ella de Rancho 7, ya que nadie más existía allí con fuerza suficiente para disputárselo.

Estos pensamientos le habían secado la boca. Volvió la cabeza. Y vio el negro cañón del revólver con que Suzy le apuntaba desde la puerta.

CAPÍTULO XVI

La boca de Suzy mostraba una sonrisa torcida, Sus ojos brillaban con un brillo helado, casi fosforescente, como los de un reptil. En pocos segundos su rostro había variado tanto que no parecía la misma.

—Suponía que vendrías aquí —dijo con voz ronca.

—¿Dónde están tus hombres?

—En vista de que no conseguíamos demasiados voluntarios, están deliberando. Puede que con tu maniobra hayas salvado a Margaret, maldito bastardo, pero no conseguirás escaparte tú.

James se mordió el labio inferior. Su rostro carente de expresión parecía tallado en piedra:

—Celebro haber salvado a Margaret. Ella hubiese sido una víctima inocente más de tu ambición de hiena.

—¡Calla!

—Tengo todas las pruebas que necesito, Suzy. Ahora me doy cuenta de quién eres… y siento compasión de ti.

Suzy rió lentamente, largamente, moviendo la boca como si paladease un exquisito licor.

—Más lástima darás tú cuando te haya clavado una bala entre los ojos.

Ahora fue James el que rió, pero lo hizo con infinita amargura.

—¿Irás a mi entierro, Suzy? ¿Caminarás detrás del ataúd arrastrando tu pierna vendada?

—¡Mi pierna vendada! —Casi gritó ella—. ¡Imbécil! ¿No te has dado cuenta aún de que era un truco para parecer más indefensa? ¿No has llegado a comprenderlo? ¡Mira!

Con la mano izquierda, sin dejar de apuntarle, se quitó parte del vendaje. El resto quedó doblado sobre su tobillo. Pero no hacía falta

deshacer los vendajes más, porque James ya se daba cuenta, por los movimientos, de que aquella pierna estaba completamente sana.

Por una leve crispación de los ojos de la muchacha notó que ella, ahora, iba a disparar.

El aire parecía lleno del mugido colérico de las reses, un mugido que aumentaba por instantes, junto con el baqueteo de docenas de enormes cuerpos chocando contra las vallas.

James lamentó no poder oír ningún sonido más agradable en el momento de morir. Sería un triste himno de réquiem.

—No dispares aquí —susurró—. Las reses de los apartaderos están irritadas. Si rompen las vallas y se lanzan enloquecidas contra la casa… no resistirá.

—Tus tretas ya me resultan demasiado conocidas, James —dijo ella roncamente—. Intentas ganar tiempo, pero no lo conseguirás esta vez. —Apretó salvajemente los labios y de pronto gritó—: ¡Muere!

El disparo brotó una décima de segundo después de que James saltara, quedando en parte oculto por la cama y levantándola con terrible impulso. Suzy quedó medio apresada contra la puerta y se puso a disparar rabiosamente, como una loca. Durante unos segundos no vio a James, pero supuso que alguna de las balas llegaría a alcanzarle.

Con sorpresa notó que, por encima del ruido de los disparos, se oía el mugido de las reses. De pronto la casa fue sacudida por una especie de terremoto. Todo crujió, como la estructura de un barco al garete que va a ser tragado por el mar.

Se oyó la voz de James:

—¡Salta, Suzy! ¡Salta por la ventana! ¡Las reses empujan por el otro lado! ¡Derribarán la casa! Suzy, ciega de horror, soltó el revólver y fue a saltar hacia la ventana, en el preciso instante en que lo hacía James, rompiendo los cristales con su cuerpo. Pero los vendajes sueltos se habían enredado con la jamba de la puerta a medio cerrar. Fue a correr… ¡y notó que algo tiraba de ella! ¡Notó que estaba presa en su propia trampa! Un aullido inhumano brotó de su garganta, mientras desde abajo llegaba la voz de James.

—¡Salta, Suzy, maldita sea! ¡Yo te recogeré! ¡Dentro de diez segundos ya no estarás a tiempooo…!

La voz de James se alargó mientras el crujido de la casa entera

se hacía más obsesionante, más angustioso. Todas las paredes cedieron. El grito de agonía de Suzy se mezcló al mugido ululante, largo, angustioso, de las reses…

* * *

James dijo al barman:

—Ponga otro. Va a ser mi último *whisky*.

—¿Es que se marcha?

—Sí; tengo ya mi caballo fuera. Me voy muy lejos.

—Es lástima, forastero. Hace muy poco que vino por aquí por primera vez… y ya le habíamos tomado una especie de simpatía. ¿Sabe? Usted es uno de esos tipos junto a los que nadie se aburre. Con usted va la aventura.

—Pues mis aventuras han terminado, amigo. Quizá para siempre.

—También es lástima por otra cosa.

—¿Cuál?

—Algunas personas se habían hecho la idea de que usted y la señorita Margaret…

James bebió el *whisky* de un solo trago, mientras una triste expresión asomaba a sus ojos.

—Hay que olvidarse de eso, muchacho —susurró—. Hay que olvidarse para siempre.

Y salió, tras dejar una generosa propina. Pero al mirar hacia su caballo, que estaba amarrado junto al saloon, quedó paralizado por la sorpresa.

Junto a su caballo había otro. Y en el otro estaba montada una mujer vestida casi enteramente de ante, como si se dispusiera a emprender un largo viaje.

Aquella mujer era Margaret.

James quedó paralizado, con la boca muy abierta, teniendo la sensación de que hacía incluso un poco el ridículo, pero sin poder evitarlo.

Ella dijo sencillamente:

—Me he enterado de que te ibas.

—Sí… —James se pasó una mano por la boca, apuradamente—. Verás… No me ha quedado mucho tiempo para despedirme de ti, ¿sabes? Te hubiera escrito una carta.

—Ya no será necesario.

—¿Por qué?

—Porque me voy contigo.

La boca de James, que seguía estando bastante abierta, se cerró de golpe.

—¿Pero estás loca? ¿Y tu rancho? ¿Y… y Bendell?

—Le he dicho lo mismo que tú: «Levántate y lucha».

—No… no te entiendo.

—Tendrá que luchar mucho para sacar al rancho todo lo que éste puede dar.

—¿Quieres decir que… que?

—Exactamente. Se lo he cedido. Ya es suyo.

James tenía la garganta crispada. Le costaba hablar.

—Pero, Margaret… Eso es una…

—Es una acción justa, James. Él tenía más derecho que yo. Por otra parte, ya he imaginado desde el primer momento que tú no me aceptarías siendo rica.

Señaló la silla del caballo de James.

—¿No montas?

James, estupefacto, montó.

Desamarró al caballo y los dos picaron espuelas al mismo tiempo. Desde la puerta del saloon, el dueño gritó:

—¡Ya ve que no me equivocaba, forastero! ¡Cuando se casen, avísenme! ¡Voy a dar de beber gratis a medio Texas!

FIN



EDITORIAL BRUGUERA S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS